



# ZAPATOS

ANA GARCÍA  
GUERRERO

 edunT

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE TUCUMÁN

Colección Mujeres Soberanas



Zapatos

# UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

## AUTORIDADES

ING. JOSÉ GARCÍA  
*Rector*

ING. SERGIO PAGANI  
*Vicerrector*

LIC. JOSÉ HUGO SAAB  
*Secretario General*

DRA. NORMA CAROLINA ABDALA  
*Secretaria Académica*

CPN LIDIA INÉS ASCÁRATE  
*Secretaria Económica Administrativa*

DRA. MARÍA INÉS GÓMEZ  
*Secretaria de Postgrado*

DRA. SILVIA NELINA GONZÁLEZ  
*Secretaria de Ciencia, Arte e Innovación Tecnológica*

ING. AGR. ARTURO VICENTE SASSI  
*Secretario de Gestión y Comunicación Institucional*

ING. AGR. GUSTAVO ADOLFO VITULLI  
*Secretario de Bienestar Universitario*

ING. MÓNICA CECILIA KATZ  
*Secretaria de Proyectos y Obras*

LIC. MARCELO ADRIÁN MIRKIN  
*Secretario de Extensión Universitaria*

ING. AIDA ALICIA OLMOS  
*Secretaria de Asuntos Estudiantiles*

Ana García Guerrero

# Zapatos

Editorial de la Universidad  
Nacional de Tucumán  
(EDUNT)

García Guerrero, Ana  
Zapatos / Ana García Guerrero. - 1a ed. - San Miguel de Tucumán : EDUNT,  
2019.

112 p. ; 21 x 14 cm. - (Mujeres Soberanas ; 1)

ISBN 978-987-1881-88-8

1. Relatos. 2. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

© EDUNT

Rossana NOFAL, *Directora*

*Equipo editorial*

Valeria CANGEMI

Aldo COCHERI

Lucía PALERMO

Gerardo RODRÍGUEZ, *Diseño de tapa*

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros publicados por EDUNT incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la directora editorial u otra autoridad de la Universidad Nacional de Tucumán.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© EDUNT

Crisóstomo Álvarez 883, 4000 S. M. de Tucumán, Argentina

Tel-fax: 0381-4523140

e-mail: [edunt@rectorado.unt.edu.ar](mailto:edunt@rectorado.unt.edu.ar)

[www.edunt.unt.edu.ar](http://www.edunt.unt.edu.ar)

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

ISBN 978-987-1881-88-8

Dicen que el inventor de los zapatos fue un hombre, porque ellos inventaban todo, pero estoy segura de que fuimos las mujeres las que hicimos de los zapatos lo que son.

Al principio fueron algo así como unas sandalias y fue en Egipto donde comenzaron a usarlas, aunque solo los hombres. Las sandalias significaban muchas cosas: poder, jerarquía, atributo ritual. Estaban hechas de hojas de palmeras; debajo de la suela, los rostros enemigos.

Las mujeres, descalzas, ignoraban entonces que muchos siglos después también sus suelas serían una gran marca: las suelas coloradas de los zapatos ostentarían también un gran símbolo.

La moda estuvo desde el principio y dictó de este primer calzado sus caprichos. Contradicción de lo necesario, de lo útil que se transformaba en ostentación luminosa.

El dorado fue lo que deslumbró a Homero y nos cuenta que solo los dioses calzaban sandalias doradas, pero sabemos de la voluntad tenaz de los héroes para copiarlos. El tiempo trajo cambios y las diosas y las mujeres usaron zapatos flexibles, sin lujos. Nadie imaginó lo que significaba empezar a calzarlas.

A Confucio se le ocurrió decir que la mujer debería ser al andar como «el ondear flexible del sauce». Y es posible que se inaugurara la tortura de zapatos chicos, ajustados, que pusieran el cuerpo a ondear. El pie empezaba a sufrir y a acostumbrarse a ello. Los pies pequeños, símbolos de perfección. Saber que la belleza cuesta y que antes muerta que sencilla se aceptó la historia, el dolor disimulado del zapatito que aprieta por cualquier representante del vecinito del frente, ese extraño objeto de deseo que solo le cabe a la bella, a la que no le permitieron ir al baile.

El objeto que todas querían calzar era incómodo y mortal, pero fascinante. Las mujeres siempre quieren alcanzar el cielo. Y así estaría esperándolas el siglo xx con los más famosos zapatos alargados, sostenidos por un taco alto y finito, que lograría que la figura femenina creciera en centímetros, curvas y sensualidad arriba de un par de *stiletto*s.

Fuera de cuento, en la Roma antigua las mujeres usaban zapatos y sandalias adornados con perlas y piedras preciosas. Las cortesanas eran orgullosas caminantes de zapatos colorados. Según dicen, Aureliano les prohibió usarlos porque le gustaron tanto que los quiso para él solo. Mucho tiempo después, Dorothy se los pondría y ya nadie podría detener a una mujer que calzara el desafío de pisar este color.

En el mundo bizantino los zapatos se volvieron cerrados y sofisticados, cambiaban hojas por piel, cortezas por cuero; el camino empezó a caminarse de marrón y negro.

Carlomagno sí que impuso *tendencias*: zapato en punta curva, que empezó a exagerarse y volverse imposible. Las mujeres no los adoptaron, los hombres los soportaron mucho tiempo. El lujo de los materiales hizo más po-

tente la propuesta y surgió el zapato de punta retorcida como distintivo de clase social: mientras más centímetros medía la punta y más retorcida era, mayor prestigio social denotaba quien lo calzaba. Fue cosa de hombres: a ver quién es el que la tiene más larga. Fortuna, poder, prestigio reflejado en la punta infinita, retorcida de los zapatos y más y más. A los golpes andaban. Hasta llegaron a atar las puntas al tobillo con una cadenita, pero nada; en ocasiones había que atar ¡un metro y medio!

A fines de la Edad Media, los españoles dijeron «Fuera las puntas» y llegaron las plataformas redondeadas. Altas, altísimas, las que siglos después sacarían carta de ciudadanía alcanzando en algunos casos los veinte centímetros de altura. Al principio los zapatos con plataformas a los que se aventuraban las mujeres requerían la compañía de un galán que prestara su brazo. Ahora las chicas pueden correr solas o con lobos sin ningún galán que las contenga.

Zapatos, objetos deseados. Cuando aún no eran a medida, los criados estaban a cargo de caminar sobre ellos hasta amoldarlos. Tal vez por esto es que estaba instalada la idea de que estrenarse algo era cosa de plebeyos. «Menos es más» vino a decir muchísimo más tarde, contundentemente, Cocó Chanel: la ostentación es de mal gusto.

Después de miles de esguinces llegaron los zapatos de tacón; como todos, también fueron creciendo en altura y a los hombres también les encantó usarlos.

Renacimiento y Barroco, materiales nuevos y viejos, poniendo y quitando centímetros. Abriendo escotes arriba y levantando el suelo desde abajo.

«¡Basta!» dijo la Revolución francesa. «Se me sacan las pelucas y se me bajan de los tacones, se terminaron las épocas deplorables. Zapatos planos para *tout le monde*».

Es posible que las mujeres no entraran en el colectivo *tout le monde* y siguieron jugando con la altura y la forma de sus tacones, convirtiendo los zapatos en patrimonio propio.

Los colores dijeron mucho; nacieron las historias y con ellas las supersticiones. No hay en ningún atuendo alguna cosa que tenga significado mayor que un par de zapatos. El curioso color del colorado, como diría Borges, fue tabú, lo sabemos. Recordemos a la niña del cuento, que de solo calzarlos empezaba a bailar descontroladamente, sin parar ni poder sacárselos. En la versión original de Christian Andersen, la condena a detener la danza solo amputándose los pies... Sí, sí, así era la vida en los cuentos de hadas. Nada de baile.

Todavía en China se regalan zapatos en las bodas como prendas de prosperidad. Nadie sabe por qué ni desde cuándo la idea de que los zapatos verdes traen mala suerte se instaló de Oriente a Occidente o cómo surge la idea de que, si se camina con un zapato solo o se pierde uno en una escalera, cosas terribles pueden suceder.

¿Cuándo supimos que para un buen sueño se debe poner bajo la cama un zapato mirando al interior del cuarto y otro al exterior? ¡Y las contracturas y calambres que se evitan colocándolos en cruz antes de dormir! ¡Hasta el reumatismo se cura!

Si alguien sale de viaje, hay que tirarle un zapatazo, y se sabe que no es bueno guardar zapatos viejos ni tirarlos, sino quemarlos: evita fiebres y otros desórdenes en la salud. Durante el siglo XVIII, la suela molida del zapato usado remediaba el dolor de estómago; sorprendente medicina que estuvo entre los medicamentos favoritos de la farmacopea inglesa.

Nada mejor que colgar en la chimenea un zapato viejo para conjurar la mala suerte, porque la buena ven-

drá con otros pasos luciendo, por ejemplo, un calzado cuya prioridad no sea caminar...

Antes de estrenarlos, muchos saben que es importantísimo ponerlos de puntas tras la puerta una noche entera, sobre todo si se pone dentro del zapato derecho una moneda, así los pies conducirán a donde está el dinero. Si los zapatos nuevos crujen, es porque su precio será demasiado alto.

¡Jamás zapatos sobre la cama! ¡Peligro de perder trabajo, dinero y casa! Y un par de botas sobre la cama... ¡muerte en la horca!

Si alguien se casa, atar los zapatos al auto de los novios es señal de buena fortuna. «Atar los tachos», se decía. Tal vez la palabra se cambió por *tarros* y quedó asociada a los tarritos rebotando en la huida bajo el cartel *Just Married*.

La relación del zapato con la fertilidad entre los esquimales era fuerte. En la ropa de la mujer o entre sus cosas había que poner un trozo de zapato viejo —porque el zapato fue siempre un símbolo fálico—.

La asociación del zapato con el pie hacía que en el mundo antiguo la novia recibiera un zapatazo por la cabeza para tener una buena noche de bodas.

A pesar de los contratiempos, las mujeres se calzaron los zapatos y establecieron con ellos una estrecha relación.

Afrodita, que era una diosa de armas tomar, advertía a los faunos que se abstuvieran de acercarse a ella con fines lascivos, y les amenazaba portando en su mano su zapatilla a modo de arma arrojadiza.

Armas y zapatos. *Stiletto* significa daga y hace clara referencia al delgado y afilado tacón característico de estos zapatos, creados en París por Roger Vivier. Claro que hasta la perfección de un sueño sobre *stiletos* se

pasa por varias pruebas. Es el zapato perfecto, el de los dibujos, el que dibuja la sensualidad, el final o el principio de un atuendo, tal vez la única prenda, ¿por qué no?: «To wear dreams on one's feet is to begin to give a reality to one's dreams», ha dicho el mismísimo Vivier.

Es bien cierto que subidas a zapatos de sueños no todas quieren poner los pies en la tierra, es casi un signo de nuestro tiempo: nadie está excluido de un mundo que corre mirando su reflejo en escaparates caros pensando casi con ellos el poder de moverse como el sauce de Confucio.

Manolo Blahnik, uno de los diseñadores estrellas, dice absolutamente convencido que «Los zapatos tienen un misterio que solo conoce la mujer que los lleva, es la manera de caminar, es mucho más».

Clarice Lispector me conmueve siempre; en *Lazos de familia*, abre el sonido de los pasos que duelen, aunque tienen una recompensa final. «Los tacones de sus zapatos hacían un ruido que las piernas tensas no podían contener, como si ella quisiera inútilmente hacer que se detuviera un corazón, eran zapatos con baile propio».

Es cierto que hay zapatos con vida propia, que nos llevan a caminar casi por su cuenta. La querida Margo Glantz, en *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*, nos hace correr hojas con un personaje que experimenta el mundo a través de su cuerpo desde la punta de los pies, su entrañable Nora García, donde solo los zapatos conectan con la realidad.

De mis zapatos puedo decir que cada uno tiene nombre propio. Mujeres que estuvieron allí arriba y por cuyas historias caminé. Hay pasos propios en la mayoría de ellos y, por supuesto, un baile que me dejaron contar.

Jugaron con mis zapatos Maby Sosa, mi siempre primera lectora. Emiliano Ceridono, mi implacable editor privado. Pablo Arredondo, mi lector sin juramento.

Jorge, Jorgito y Silvina Pérez Lucena, mis compañeros de baile.

Y jugaron también el verano, la lavanda, el té de hierbas, las cosas azules, los frasquitos de dulces, las cucharas de madera, la risa de Luca...

Y Clarice, porque dice —porque sabe—, que «escribir es una maldición que salva».

Ana García Guerrero



## Zapatos

«Los zapatos de plata tienen un poder maravilloso —le explicó la Bruja Buena—, y una de sus cualidades más curiosas es que pueden llevarte a cualquier parte del mundo con solo tres pasos, cada paso se da en un abrir y cerrar de ojos. Todo lo que tienes que hacer es unir los tacones tres veces seguidas y ordenar a los zapatos que te lleven a donde desees ir».

Lyman Frank Baum, *El Maravilloso Mago de Oz*

Zapatos. Todo se les hace sendero, avenida, puente, vereda, breve pausa, intermitencia y carrera. Podrían reconocerse en sí mismos, saber que transportan signos históricos, una sabiduría extraña en su modo de instituirse. Encontrarlos determina un plan, condiciones, procesos, sueños y hasta objetivos.

Los zapatos para pisar la realidad tienen muchas alternativas, a veces simples y sin intensidad semántica; a veces, estallan de sentidos.

«Hay zapatos que lucen mejor, como los de Carito», dice León, en la plaza de un pueblo.

Los hay glamorosos, de diseño, los que hablan varios idiomas, los excepcionales, no por la obviedad de clase, sino por su capacidad de ser inalcanzables en una escena y referentes en otra.

El de cristal de Cenicienta le susurró un príncipe con un tintineo, los de Dorothy la llevaron a borrar las cobardías en todos los puntos cardinales.

Los tamangos que se rajan, «buscando ese mango que te haga morfar...». Cuánto dolor Discepoliano...

Los altos altísimos que hasta pueden correr.

Los zapatos de primera cita, los que elevan dibujando el impulso, los del disfrute de un par de calles andadas a pasos detenidos.

Hay zapatos que esperan el intento de representar lo irrepresentable.

Están los que no renuncian a su rigor de temporada ni silencian su resplandor. Los que desprenden notas de nostalgias luminosas para convertirse en clásicos.

¿Será fugaz, casual el suelo sobre el cual caminan? O serán destinos deseados, atajos que aguardan esa modulación sin pedir prestadas palabras. Placer y goce.

Ahuecar la mano en un juego de curvas, de planos inclinados. Lo cóncavo y lo convexo. Aprender la espera mientras llega despacio, lento, el encanto de un pie que se desliza entre tantos significantes.

# 1

Las rodajas de cebolla cayeron en la sartén. El fuego medio, unos granitos de sal y sacó el atún del vapor. Estaba listo.

La cebolla, transparente; allí fueron los tomates secos, hidratados en aceite de oliva, mientras cortaba el pescado con la mano para asegurarse de que no tuviera ni una espina.

Cocinar es orgásmico. Todos los sentidos alerta y una explosión final.

Con el molinillo de pimienta contó ocho y la cucharadita de azafrán terminó en la sartén ya sin fuego.

La masa quebrada era lo mejor. Se hace primero y se espera que descanse en la heladera. Harina, manteca, pimentón dulce.

Qué cosa tan extraña el amor. Sus amores, al menos. A término medio; todos. Todos por la mitad entre el sabor perfecto y el punto antes de alcanzar el punto. Término medio.

Los huevos a ocho minutos cortados groseramente y las aceitunas en pedazos grandes, que al morder se sepa que se come, que en el paladar golpeen los sabores y se mezclen, que haya que cerrar los ojos para no perderse de nada, como besar.

La cama y el amor se parecen a la cocina. Territorios donde entra justito lo que hay. Un momento, los cuatro elementos, los cinco sentidos y todos los dioses.

Acomodar la masa en el molde, con las manos, recorrerla por los bordes, inundarla de tomates, cebollas y perfume de azafrán.

No quería llamar, pero necesitaba unos papeles que se habían ido en la división, como él llamaba al estado de acuerdos finales.

El atún, casi sin condimento, solito con sus sabores; al resto lo harán las aceitunas y los huevos, que lo envuelven antes de que llegue la otra mitad de la sartén.

Nada mejor que la cocina para entender el asunto de las proporciones, de lo que cae encima de golpe. De las cosas que dividen lo que parecen mitades.

Tenía que llamar. Mejor sellar rápidamente, para no perder texturas. Con la yema de los dedos acomodó la tapa en el molde.

Llamó. Atendió ella.

—Soy Julia —dijo—. Llamo porque en unas cajas se quedaron unos papeles.

—Hola, Julia —contestaron del otro lado—. Él se está bañando. En diez o veinte estará listo. Yo le digo. Perdoname que te hable cortado, llegó la pizza. La meto al horno para que no se enfríe. Yo le aviso. ¡Ah! Yo vi una caja, están los zapatos también. Son divinos. ¡Dice él que te los ponés para cocinar! ¡Qué divertido! Yo le aviso, quedate tranquila. En diez o veinte está.

¿Diez o veinte qué? ¿Días, años, kilómetros, violetas, canciones, burbujas, gramos, gaviotas, litros? ¿Qué?

Los aromas se enredan en la copa transpirada de vino blanco que espera. Minutos precisos, nada de «diez o veinte». La bandeja cruje al contacto del cuchillo, que penetra y se demora en encontrar la porción. Placer y vértigo. El fuego se apaga y queda el calor por un rato largo para seguir jugando.

Y sí. Se pone zapatos para cocinar. Y está tranquila.

La mujer del bolso azul se pasa un pañuelo por la cara. La estación central está llena de gente, el ruido de los carros y las valijas se mezclan con el anuncio de los arribos y las salidas. Es viernes y es noviembre, el calor vuelve lentos los movimientos. De cualquier forma y a cualquier hora la estación central es bienvenidas y adioses en los rostros de los que esperan. La mujer del bolso azul se alisa con las dos manos el cabello rubio recogido en una traba.

Escucha el anuncio. Saca los zapatos del bolso azul y se los pone. Se para sobre ellos y se apura hacia la plataforma cinco. Desde el escalón del ómnibus el hombre la descubre. Suelta la caja; necesita las manos libres para sostener la figura generosa que se pone en puntas de pies en los tacos altos para besarlo. Como todos los viernes la demora es solo para subir pasajeros.

—En horario —anuncia la partida el altavoz.

La mujer recoge la caja y regresa moviéndose sobre los tacos altos. Se sienta al lado del bolso azul, mira el interior de la caja, sonrío: queso, dulce de membrillo, miel, pan casero, tres pares de medias y una florcita amarilla. Acomoda todo en el bolso y se va. En su casa se acuerda de las zapatillas que dejó bajo el asiento para ponerse los zapatos de besar los viernes en tacos altos y en puntas de pie.

La turca es una mujer hermosa. Los clientes saben que ella no es de andar con vueltas. Cobra tres veces más que las chicas del *boulevard*. El auto que se para no es de los habitués. Ella no se acerca. El hombre mayor se baja.

«La primera vez es gratis», dice la turca tirando hacia atrás el pelo rojizo.

En el cuarto se desvisten sin ceremonias.

El hombre se sienta en la cama, ella se para frente a él sobre sus piernas eternas. Apoyada solo en una, levanta la otra, estira el empuje y le entrega al hombre el pie y un zapato negro.

El hombre toma el pie, intenta poner el zapato, pero ella se adelanta y lo desliza con mucha suavidad. Él posee ahora el otro pie, desnudo, suave, perfecto y espera a que ella le entregue el zapato.

La turca sostiene el zapato en la mano y es la que espera. Él lo toma cuidando de no rozar la mano de ella y se lo ofrece. El pie desnudo no se mueve. Él entiende, le pone el zapato, siente cómo el hueco de su mano se va llenando.

Queda frente a él, desnuda. Parada, con las piernas abiertas sobre los altísimos zapatos negros.

El hombre la ve, la mira, la observa, la recorre, pero no la toca. La turca cada tanto inclina la cabeza.

El hombre se va en silencio. La turca, en una agenda de cuero, le reserva un turno para el día siguiente.

Clara está quebrada. No tiene ni una moneda. Hace tres días que come restos de hojas y verduras de desecho que le regalan en la verdulería para las tortugas. No tiene tortugas.

Antes de dormir decide rezar. Cuando está a punto de hacerlo, no sabe si bajarse de la cama y arrodillarse, o hacerlo así no más, de sentada. Está decidiendo eso cuando ve los zapatos al lado de la cama. Cambia de idea. No va a rezar. No sabe. Decide tirar los zapatos al aire y a la mañana hará lo que los zapatos digan, apaga la luz y se ríe por primera vez en varias semanas. Escucha el ruido desaparejo de los zapatos al caer.

A la mañana, Clara mira los zapatos desde la cama, sale al balcón y sigue con la vista la señal como si fuera una flecha. Uno de los zapatos indica el noroeste, el otro está boca abajo señalando el sur. Clara decide seguir la señal del zapato derecho, el del noroeste (por lo del pie derecho, piensa) y sale de su casa hacia el prometido punto cardinal. La señal es caprichosa. Cruza un puente en reparación y al final de la calle ve un letrero. «Stop». Firme en la búsqueda de su suerte, Clara retrocede sin darse cuenta de que atrás hay una boca de tormenta abierta. Se cae. Dos semanas en el hospital, cama, comida, descanso y cuatro abogados peleando por la demanda al municipio. Clara está mejor. La jefa de enfermeras le dice que el martes le darán el alta. Clara se siente con suerte. Ahora tiene que ir al sur.

Desde su mesa la miraba balancear la pierna en la barra. Cada tanto aflojaba el zapato, que volvía a su lugar tres o cuatro movimientos después.

Tomaba cerveza. Mordía la punta de un lápiz y escribía en un cuaderno. Había puesto en fila unas papas fritas, que comía haciéndolas crujir exageradamente. La pierna se balanceaba y el zapato de a ratos se sostenía solo en los dedos del pie. Miraba la hora repetidas veces en el reloj de la izquierda de la barra. Le trajeron el *sandwich* y un plato vacío. En el plato iba poniendo el interior del *sandwich*, que intercalaba con las papas y el pan deshecho hasta terminar con todo. Le trajeron una porción grande de torta de coco. Como un ritual guardó el cuaderno, se recogió el pelo y lo sujetó con el lápiz. Atrajo hacia ella la torta de coco y cortó la mitad. Mientras comía se cayó el zapato.

—Soy el príncipe —le dijo él, alcanzándole el zapato.

Ella miró el reloj, se bajó de un salto, tomó la cartera, el saco y el resto de porción de torta de coco, y corrió a la calle.

Desde la calle, tapándose la lluvia con una mano y empujando a una pareja por el taxi, gritó riendo:

—¡Cenicienta!

Eran las 12.

Querida Nancy:

No es mi culpa el lío que se armó anoche en la fiesta. Toni hace mucho que me tira los perros y yo ni bola porque es tu novio y porque a mí no me gusta. Si vos sabías, como decís, ¿para qué me invitás? Yo estaba tranquila cuando él me agarró y me llevó al baño. Yo no quería ir y menos porque ya había ido antes y estaba vomitado. Se ve que no lo habían limpiado. Mirá, Nancy, yo seré muchas cosas, pero no soy de andar transando en un baño vomitado. Menos con Toni, que era el novio de la dueña de casa. Toni fue mi novio cuando éramos chicos. Yo no voy a andar aprovechándome del pasado. Él siempre que se pone en pedo cuenta eso. Bueno, Nancy, yo entiendo que me digas que salga ya mismo de tu casa, pero no pasó nada en el baño y te pido si me podés perdonar que te dije eso del vestido, ese que tenías cuando fue lo de las empujadas en el patio que justo llegaba tu tío Eduardo al lado de la canaleta de la galería. Me dejé los zapatos rojos. Eran blancos, pero yo los teñí de rojo, que va más de contraste. Me cuesta mantenerlos y tengo que darles otra mano para el viernes porque el sábado que viene es feriado y salimos corrido al bar del Colo. Te contó Toni, supongo. Paso a la tardecita, que está tu tío Eduardo, a buscar los zapatos.

Besos, Jessica Juárez

Pensó que iba a volver. O no pensó que no iba a volver. En la alacena había cinco jarritos por categorías: para leche, para huevos, para agua sola y otras que no recordaba. Abrió una lata de atún, de esas *abrefácil*; no quería cambiar el orden de las cosas.

La empleada le había pedido un tapado *beige* de ella. ¿Tapado? Ella no usaba tapado, le molestaban cuando subía al taxi. Había que terminar los trámites, dar de baja el teléfono móvil, le decían. Ya hacía cuatro meses y seguía pagando el abono. El día giraba con la vida y otros giros nuevos sin la vida. Leía filosofía; descubrió que le gustaba. Eso era lo nuevo.

Eso era todo. La noche llegaba temprano con sus rituales de cambio. A ellos nunca le gustaron los cambios. Antes de apagar la luz miraba el rincón: los zapatos de ella, la presencia absoluta.

La prueba de maquillaje era a las 10.30. Le gustaba que estuvieran listos los potes y pinceles, las cremas, la capa para novias, blanca con encajes. El espejo impecable con todas las luces, el aceite despidiendo aromas y el té de hierbas listo. No conocía a la novia, venía por recomendación de una amiga.

Era una rubiecita desabrida de nariz respingada y dientes separados. No era fea: faltaba intensidad. Le gustaban los desafíos: habría que hacer magia.

Quitó la capa para novias. La clienta rubia y por fin intensa aprobó la primera prueba.

—El pelo va a estar recogido, llevo zapatos bajos —dijo la rubiecita—, olvidé caminar en tacos altos.

—¿Qué número calzás? ¿38? ¿39? —preguntó considerando que se tenía que hacer cargo.

Se fue y volvió con cuatro cajas.

—Si me gustan, los compro, los agrando, los arreglo. Ni se nota. A mí me cuesta conseguir número. Estos están sin tocar —le dijo a la clienta.

—No tengo blancos, hay unos plateados. Probá. Caminemos —ordenó.

Caminaron un rato largo. Pisaron obstáculos complejos: infancias, frustraciones, alegrías, decisiones, terrenos firmes, pisos movidos.

—¡Ah! —dijo la rubiecita en un suspiro—. ¡Qué delicia! Cuando me puse de novia los dejé porque él es más bajo. Qué injusto...

—¡Ah! —dijo ella imitando el suspiro de la rubiecita—. ¡Qué delicia! Cuando me los puse por primera vez me llamé Chantal. Nada más justo.

Todos saben que, si se pone en el zapato un papelito con el nombre de la persona amada, esta no podrá resistirse a los encantos de quien pisa las letras que la nombran.

Así lo creyó Elisa, y así lo hizo.

Una semana completa caminó sobre Pablo.

Algo entre el nombre y el zapato debía estar ocurriendo porque durante la semana había visto a Pablo todos los días.

Él era amable como siempre, pero no estaba funcionando lo de los encantos.

¿O es que ella no los tenía? O ¿habría que poner el apellido? Pablo se llamaba la mitad de la escuela. ¿O sería un lugar determinado del pie? Ella había cambiado varias veces la geografía: talón, planta, punta...

«Son diez días», decretó Elisa, y averiguó también que las hojitas de romero sobre los hombros de la persona amada lograban que esta se quedara para siempre.

Con el papel en el zapato y apenas tres días por delante, Elisa consiguió dos ramas de romero del restaurante de la plaza. Quitó las hojitas y las guardó.

Nada sale como uno quiere en el amor, son batallas desparejas entre el deseo, los astros y el destino. Con un puñado de romero en cada mano, simulando un tropiezo, se lanzó sobre Pablo apuntando directo a los hombros. Pablo retrocedió por la sorpresa y ni una sola hojita de romero le cayó sobre los hombros. Era el día diez. Elisa se rindió.

Se sentó en la escalera para sacarse el peso de caminar sobre Pablo. Estaba agotada. Vio los zapatos de Pablo, que se acercaban. Todas las hojitas de romero ha-

bían caído sobre ellos. Era definitivo: se alejaría con cada paso. El romero es poderoso.

Vio otros zapatos, abotinados, con cordones, gastados, decididos, firmes: Martín.

Quitó a Pablo de sus pasos y dibujó en dos papelitos cortados para zapatos la flecha hacia el nuevo amor: Martín. Tenía siete días.

Era una mujer previsor. Tenía muchos años llorados, bailados, trabajados, cumplidos. Había aprendido que sufrir es personal y que no es transferible ni como relato ni como experiencia ni como ejemplo ni como exhibición. Se recuperaba de demasiadas cosas y quiso ordenar el resto, en este mundo y en el otro. Si de ser previsor se trataba, era mejor empezar por el otro porque una vez allí ya nada podría hacer por este, aunque nunca se sabe.

Preparó el ajuar para su muerte. Había vestido muchos muertos, siempre le pareció que estaban incómodos. Ella quería algo cómodo, blanco, digno de la muerte, respetuoso, con puntillas, bordado por sus manos con hilos bonitos.

Una noche después de comer trajo una caja forrada, sacó la mortaja de entre papeles de seda y se la mostró a todos. No quisieron verla, ni oír la palabra mortaja, ni escuchar las instrucciones.

Como todas las cosas, el tiempo transformó en anécdota la noche y en broma el precioso contenido de la caja.

La muerte honró el respeto de ella y llegó en sábado cuando se había bañado y perfumado con talco.

La mortaja era muy bella. A la hija del medio se le ocurrió que un muerto no puede ir al otro mundo sin zapatos. La discusión fue larga. Retrasaron imprevistamente el entierro mintiendo la llegada de un pariente demorado.

Ella no había preparado zapatos. «Tal vez lo olvidó», dijeron algunos. «No lo olvidaría», dijeron otros. En la caja tampoco había ropa interior, ¿por qué se la habían puesto?

«A mí me pareció correcto», dijo la hija del medio.

Nadie quiso prolongar más el ritual. La calle del monumento familiar estaba cerrada por la demora y el cajón fue guardado en la casilla de los trabajadores hasta el lunes.

La mañana del lunes unos pocos familiares completaron la ceremonia. A ella no le habría pasado, era muy previsor.

Visitar el cementerio se volvió rutina de fechas especiales.

En esas tardes, uno de los trabajadores reconoció a la hija del medio y le entregó un paquete envuelto en papeles de diarios y atado con piolines.

—Quedó del día del entierro. Yo vengo por la tarde, se lo deben haber olvidado —dijo.

Al llegar puso en la mesa el paquete sin abrir que había apretado contra el cuerpo el interminable camino de regreso.

—¿Qué es eso? —preguntó el marido

—Ropa interior y un par de zapatos blancos.

Elige la mesa del rincón. Con la mano sostiene la barbilla: no puede detener el temblor. A todas las mujeres de la familia les pasa lo mismo al principio de la temporada.

Mira el bar para romper la sensación de irrealidad. La mujer bonita de la mesa de al lado come muy mal. Los adolescentes de la ventana hacen una lista de algo. El profesor Ruiz lee y el mozo espera que le haga el pedido. Agua.

Las manos transpiran y la visión se confunde. Al otro lado de la calle está la puerta. No la mira, necesita calmarse. El agua está demasiado fría y le da náuseas. Un dolor que no es intenso, pero molesta, aparece abajo del esternón. La mujer bonita hace ruidos al sorber el té. Al lado del profesor se sientan dos conocidas que la saludan con la mano; responde con media sonrisa porque tiene las manos apretadas a los bordes de la mesa por la sensación de caída. Termina la botella de agua con dificultad por las náuseas y porque le cuesta servir su propio vaso. El mozo está parado otra vez al lado. Le paga. Los adolescentes de la ventana escriben agachados y puede ver la puerta. La mujer bonita repara el *rouge* entre migas y servilletas manchadas.

Se para a las cinco en punto. Al mismo tiempo se abre la puerta al frente.

Cruza la calle. El olor a cuero aumenta el mareo.

—Treinta y seis de liquidación —dice.

—Estantes del medio —responde el vendedor.

A la misma hora pasan las monjas del colegio del Carmen. A la misma hora también empieza el programa de preguntas y respuestas. La tarde ya es noche de domingo; la hora *blue*, dicen algunos. Espera a que se seque solo el cabello, no le gusta arruinarlo con tanto secador; cuando esté húmedo lo cepillará y le dará alguna forma con el rizador. Elige el vestido color ciruela que lleva tiempo sin usar y va bien en toda ocasión.

Hace un poco de frío para mantener el balcón abierto en un séptimo piso, pero es necesario. Se maquilla con cuidado de no exagerar: menos es más y pone el acento en la boca, un poco menos en los ojos. El rizador arregla el pelo que dibuja el contorno de la cara, sonríe, sostiene la mueca. Necesita más color en las mejillas, pero deja la brocha cargada porque la palidez le va muy bien con el ciruela del vestido y del *rouge*. Las pestañas sí tienen un segundo *touch* de máscara.

Se mira en el espejo grande de la puerta interna del *placard*. Algo está mal con las medias. Las cambia por unas más claras, más parecidas a su piel. Se mira de costado. Le gusta.

La mala elección de los accesorios puede arruinar todo el atuendo. Mejor nada. «Si te vas a poner un collar, que sea un collar», dice siempre su madre. «Un collar de verdad, no una latita». Es cierto, su madre tiene un gusto impecable.

Cuello despojado queda bien.

Antes de cerrar el *placard* ve la caja de té inglés que usa para guardar los relojes. Le gustan los relojes. La forma implacable de los tiempos cumplidos. Toma uno que

fue de su abuela. No funciona, pero tiene el sentido del transcurrir. Le gusta. Se mira la muñeca en varias posiciones y aprueba su elección. No hay dudas con los zapatos: los eligió primero. En realidad, armó el equipo desde los zapatos. Los zapatos son los indicadores de grandes decisiones. Unas gotas de perfume, no mucho. Está lista.

Hace más frío ahora, lleva al balcón la butaca del *toilette*, la que usa para maquillarse. Se quita los zapatos, sobre ellos coloca el reloj. Sube a la butaca y se lanza al vacío.

La chica de la estación de servicio llevaba horas atrapada en el bar. Llovía menos, pero las calles estaban llenas y el agua arrastraba todo. No arrastraba personas, así que decidió cruzar la avenida. Se quitó los zapatos. A punto de alcanzar el cordón la corriente la hizo trastabillar y se le cayó uno.

Protegió al otro con fuerza. Arruinada la noche de jueves, el *jean* nuevo mojado y un zapato perdido.

La carroza en calabaza, el vestido en ruinas y nadie nadando tras el zapato.

El sol salió temprano a la mañana. Se fue a trabajar antes.

A las cuatro llegó ella. Le contó lo del zapato y la aventura de cruzar la avenida.

Ella se rio con la escena, esperó que se desocupara para tomar juntas la merienda. No pudo ser: era tarde de pedidos y proveedores para la chica de la estación de servicio. Ella tenía una clase a las cinco y media.

—Me voy. Puse lo de tu zapato en el *Face*. Mirá si lo encuentro —dijo acomodándole el pelo que caía bajo de la gorra.

—Habrà que leer el destino —dijo la chica de la estación de servicio.

El cielo estaba sospechoso a las ocho.

A las nueve volvió y la esperó.

A las diez la chica de la estación de servicio marcó la tarjeta de salida.

Mientras cruzaban la avenida, empezó a llover. Ella sacó un paraguas y el zapato de la mochila.

—A las cosas que están preparadas para ser destino no las separan una tormenta —le dijo.

—Esos, los de la florcita naranja al costado —dijo señalando los zapatos.

—¿Qué número? —preguntó el artesano.

—Treinta y siete.

El verano era ese momento de sentir que todo estaba bien. Que la decisión más difícil consistía en encontrar un par de zapatos funcionales a la ausencia real, negada, postergada.

Los zapatos de la florcita naranja al costado estaban bien.

El artesano trajo un plato con torta de ricota cortada en cuadraditos y se lo ofreció.

—¿Cuánto es? —preguntó.

—Tus zapatos —contestó el artesano—. Esos pagan estos.

Le pareció misterioso. Se quitó los zapatos, tomó otro cuadrado de torta de ricota y se fue con los zapatos de la florcita naranja al costado.

El verano hizo trampas. «No debería irse quien no sabe volver», pensó, dolió y volvió.

En un solo día fue y volvió o volvió y regresó. Trajo ropa, libros y zapatos. Todos los zapatos.

El artesano la vio subir los cinco escalones con un bolso tejido y un plato con torta de ricota cortada en pedacitos.

—Miren lo que trajo la marea —dijo el artesano.

Ella soltó el bolso tejido y lo dio vuelta. Cinco pares de zapatos cayeron sobre el piso de madera de la galería.

Estiró el plato con la torta de ricota.

—Tiene pasas —dijo.

—Acertando con los cambios —dijo el artesano mirando los zapatos y mordiendo la torta—. No tengo *stock* —agregó.

—No importa, voy a esperar. Volveré por los primeros en otoño.

—Tendré torta de ricota —dijo él.

—Seré más sabia —dijo ella.

Las reuniones de reencuentro le parecían una verdadera estupidez. Volver a ver a gente que salió de su paisaje, obligarse a recordar nombres olvidables y olvidados. Cuarenta años era demasiado en las vidas de las personas. Los rostros cambiados... Un cirujano o el tiempo, da lo mismo. Eran otras. Encuentro de mujeres condenadas a mirarse en un sitio cerrado. Muy sartreano. No iría.

«Cómo estaría Helena», se asombró de recordar. Se parecían. Helena era un poco más baja y menos distinguida.

Helena. El día de la graduación le había cambiado los zapatos. Daniel era más alto, ella quería quedar a la altura.

Buscó en el canasto de mimbre del lavadero los zapatos forrados de Helena. Estaban impecables.

Miró su cara en el reflejo de la ventana. «Todas deben estar en remojo hace días», pensó.

En dos horas estuvo parada en la puerta del salón. Entró buscando a Helena con la mirada. «Dios mío —pensó—, esta mujer es el resultado de horas de peluquería». Ya no se parecían. La saludó con cariño. Fue recíproco.

—No voy a quedarme —le dijo—. Traje tus zapatos y el teléfono de Daniel. Me costó conseguirlo. Está divorciado.

—Traje los tuyos —dijo Helena riendo—. Viene mi hermano porque quiere verte.

Se quedó pensando. Desde el jardín la saludaban algunas mujeres que no reconocía. El hermano de Helena... ¿Cómo se llamaba? ¿Por qué esta gente se adornaba tan-

to? ¿Por qué cambiaba los patrones ambientales con perfumes de imitación?

—Estás hermosa —dijo Helena.

—¿A qué hora viene...? —balbuceó.

—Julián —respondió Helena—. Acaba de llegar.

No se dio vuelta: no eran sus modos; confió en el recuerdo sostenido solo por sensaciones.

—Dame tus zapatos —dijo en voz baja.

¿Cómo se llamará esa prenda que no es ni enagua ni combinación? Esa prenda corta como un top con breteles, de raso, de seda, de satén o de esas telas de lencería cara. Eso quiero. Quiero también un calzón sin elásticos, sostenido a la cintura con un botón. Todo negro. ¿Venderán esas cosas? Soy capaz de buscar el género y una modista. No va a entender la modista, no voy a andar explicando. Quiero esas medias con siliconas que se adhieren a la pierna, arriba. Con puntillas. Color piel las medias. Todo fácil, de no perder el estilo. En octubre hace calor. Falta para octubre. Quiero un vestido negro, suelto, escotado y finito. Con cierre. Atrás el cierre. El pelo corto. Puedo cortarlo yo. Las uñas sin esmalte, arregladas, pero sin esmalte. Los zapatos *stilettos* negros. Me gustan combinados. Con blanco, no, muy gastado: con *beige*, visón. El color de contraste apenas, en los bordes de abajo. Un número más grande para sacarlos como en el aire. O clásicos sin talón, para bajar la tirita con el taco del otro zapato. En ese caso serían colorados. Todo el atuendo negro y los zapatos colorados. Un fuego. No quedarían bien las medias color piel con las puntillas. No. Los zapatos podrían ser de tacón. No de oficina. Un taco que no diga «Vengo preparándome hace meses». Habría que encontrar un *touch* para el vestido. No, el vestido está bien. Vuelta a los *stilettos*. Medias color humo. ¿Vendrán todavía las medias color humo? Entonces los zapatos negros, nada de inventos de contraste. Negros. Aunque ¿charol? Tendré que salir a ver estas cosas. Los zapatos son determinantes. En cualquier momento será octubre.

Llegaba tarde. Se estaba volviendo difícil controlar el tiempo. La tercera vez en la semana. Era mucho, no encontraba excusas. Desde la esquina vio la luz del jardín. Carlos había llegado. Se pasó con agilidad al asiento de atrás del taxi y se bajó en la puerta de la casa como si fuera una pasajera. Entró gritando «¡Hola!» y se encerró en el baño. Carlos golpeó la puerta, molesto.

Estaba en la peluquería.

—Es un infierno de demora —dijo.

Tenía pocos minutos para salir airosa, pensar, pensar, pensar.

Se paró frente al espejo. En el cajoncito de la izquierda había una tijera. Sin hacer ruidos levantó el cabello en una cola alta y cortó. Envolvió el mechón en papel higiénico y lo perdió en la cartera.

—¿Qué te hiciste? —preguntó Carlos del otro lado de la puerta.

—Me corté el pelo. No aguanto el calor.

—¡Es junio! —dijo Carlos.

—Estaré con historias de hormonas. O el cambio climático ha cambiado los junios —respondió ella.

¿Por qué conversaba? A veces no se decían una palabra en días. Limpiaba a toda velocidad con el papel mojado el resto de pelo. Se miró y dio el toque final. Por primera vez en la vida tendría flequillo. ¡Maravillosas primeras veces! Apretó el botón del inodoro, se fueron los pelitos del flequillo, la pileta quedó limpia. Carlos la miró al salir del baño.

—Te habrá costado un huevo —dijo.

—Esperaba un «Qué linda que estás» —dijo ella.

—Creía que no usabas esos zapatos con tachas —dijo Carlos—. Te hacen doler.

—Cuando camino —contestó ella sonriendo y mirándose los zapatos abotinados.

—¿Y qué? ¿Andás flotando? —ironizó Carlos.

—Sí, flotando... o en taxi —suspiró ella.

Comieron en silencio.

—¿Usted no se va a tentar? —preguntó la mujer.

A Silvia le causó gracia la pregunta. Un gesto en las comisuras de los labios, afirmó y entraron juntas a comprar zapatos.

Se sentó lejos de ella para tener privacidad, o para dársela. La mujer era muy alta, de estructura importante y seguramente su talle era grande también. Las mujeres sienten pudor por esas cosas y estaba bien respetarlas.

Ella no tenía problemas. Era *standard*.

Miraba a los vendedores esforzarse en calzarla. Hasta entonces no había pensado en sus zapatos. Eran bajos, alargados... En realidad, no es que fueran alargados. Eran grandes.

Compartían hotel, piso y pasillo en el viaje académico.

«Debe haber sido una mujer muy bella», pensó Silvia mientras la veía sonreír entre pilas de cajas que crecían.

Esperaba a la mujer que tantos admiraban buscara zapatos grandes para pararse en la vida reducida a paredes de universidad. Descubrió que no era elegante, demasiado maquillaje, demasiado *spray*, demasiado inteligente para saber tapar todo eso, demasiado sola.

Tomaron café en un bar cercano.

—Usted se va a parecer a mí. Le hacen falta unos toquecitos —dijo la mujer.

Le mostró los zapatos sin sacarlos de la caja. Silvia solo pudo ver que eran tostados.

—Muéstreme los suyos —dijo imperativa.

Silvia sacó los zapatos rojos y brillantes, y se los mostró.

—De Dorothy —dijo Silvia, divertida.

La tranquilizó el silencio que desaprobaba y los zapatos de Dorothy que se alejaban de las tentaciones, de ideas, de elecciones acertadas, de toquecitos instructivos, de mujeres hermosas, exitosas, admiradas y terriblemente solas.

El mensaje había llegado tarde. Los compañeros se iban, tenían que irse. Necesitaban ayuda con la mudanza. En realidad, la ayuda era para hacerse cargo de las cosas, no había mucho tiempo.

Fueron a las ocho, más o menos, porque se enteraron en la facultad.

Las cosas estaban en la vereda. Entraron por el pasillo hasta el fondo. La mujer del peluquero que les alquilaba el departamento les dijo desde la escalera de la casa de adelante que no estaban, que se los habían llevado.

Un cepillo de dientes estaba sobre la cama, mojado. Era extraño saber así la inmediatez. Los zapatos de Viviana, los de plataforma, asomaban por debajo de una toalla en el suelo.

—Vivi se fue descalza —dijo ella.

Se sentó en el suelo abrazada a los zapatos.

—Se los compró el sábado. Sacó un crédito. Vivi no podía evitar comprar zapatos. «Con estos voy a correr más rápido», me dijo. Es una loca. Me contó que quería aguantar para terminar de rendir. Que quería terminar. Que Guillo no quería esperar. Que no le dijera de los zapatos porque estaban mal con la plata, que ella necesitaba ir bien al laburo, que Guillo exageraba, que los zapatos le iban a dar suerte porque «Mirá, tienen un trébol de cuatro hojas en la plataforma, ¿ves? Debe ser la marca».

Que con estos zapatos iba a pisar el hospital siendo médica, que en el laburo nadie iba a pensar que andaba en la agrupación. Que le quedaban lindos y que, ¡mierda!, tanta historia por un par de zapatos. Los había reservado, se le vencía la seña. Se fue descalza, sin los

zapatos nuevos, sin el trébol. Se fue, recién se fue. Se la llevaron. Se los llevaron. Preguntá quién se los llevó. Hay que llevarle los zapatos, el trébol. Para la suerte. Andá, preguntá. Andá.

Como un bambi recién nacido se paró en los zapatos. No podía caminar bien, aunque los tacos no eran tan altos. Hizo un esfuerzo, uno grande. No quiso mirar a su madre, que estaría a punto de decir «Yo te dije». Su madre, que decía *zapatitos*; su madre, que acababa de comprarle el primer *soutien* porque ella no decía *corpiño*. Tampoco decía *bombacha*. En la lencería habían comprado *ropa interior*, como llamaba su madre a las bombachas.

Sobre la alfombra trataba de mantener el equilibrio mirándose en el espejo los zapatos de gamuza para el cumpleaños de una *compañerita*, como llamaba su madre a sus amigas. Le gustaban los espejos de zapaterías que solo reflejaban el pie. Le gustaba ir con su madre, verla elegir zapatos. Ella probaba *zapatitos* para el cumpleaños de una *compañerita*. Y venían de la lencería, con una bolsita de ropa interior de señorita y tres *soutienes* que se repetirían en marca y modelo por muchísimos años.

Salieron de la galería con la etapa superada. No hablaron de nada en el camino. Su madre le propuso una confitería.

—Ya no existen las confiterías: son bares. —Y aceptó.

—Mamá, compramos zapatos porque voy al cumpleaños de una amiga. A mi amiga le va a gustar el lápiz de labios que yo elegí como regalo. No voy a ir con sacos tejidos. Voy a estrenar *corpiño* y *bombachas* sin dibujos.

—Un té para mí y un licuadito de banana sin hielo. ¿Querés un sanguchito? De queso, sin mayonesa, con poquito aderezo de manteca, por favor. Muchas gracias.

Buscó la bolsa de los zapatos. Los sacó y los puso en el suelo. Se sacó los mocasines de la escuela, las medias ciudadela blancas tres cuartos y se puso los zapatos. Se paró con equilibrio y hasta levantó un pie para no pisar las medias y los mocasines al lado de la mesa.

Se acercó a la barra y le dijo al mozo:

—Suspenda el licuadito y el *sanguchito*. Voy a tomar una coca con hielo. Nos cansamos en las compras: bombachas, corpiños, lápiz labial y estos zapatos para el cumpleaños de mi amiga.

Volvió a la mesa esperando el contrataque. La desconcertó la calma de su madre, que no había recogido los mocasines ni las medias.

—¿Qué? —desafió.

—Los zapatitos nuevos —dijo su mamá— están al revés.

Definitivamente, ella era la letra de un tango. La heroína condenada a sufrir, la del mate lleno de infelices ilusiones. Lo de la cita cancelada era lo de menos: perder otra vez el laburo era insoportable. Se sentó en el sillón a ahogarse en autocompasión y té, del saquito que guardaba para dos y hasta tres veces, así como la yerba de ayer secándose al sol. No daba para ahogarse en alcohol. Vio que desde la cocina llegaba un hilo de agua. La heladera no estaba funcionando. La abrió y la cerró de un portazo, rebotó y desprendió la barra soporte de los huevos, que cayeron de uno en uno al piso dispersándose en el charco de agua. De un golpe más suave pero igualmente furioso, volvió a cerrarla. Esta vez estalló en el suelo el frasco de mayonesa. Por eso se llamaba simplemente María.

Se sacó la falda y la camisa; limpiar no era tan tanquero, el tango solo era de sufrir y beber, no mencionaba limpiar.

Dejó el trapo en la mesada y volvió al sillón semidesnuda y con los zapatos nuevos.

Sonó el teléfono. «Es él», pensó. Lo dejó sonar. A esta altura quería el galán que te acamala y a sus pesos duraderos.

Se vistió otra vez y salió rumbo a la oficina.

—María —dijo el contador—, estuvimos llamándola. Con la restructuración que pensamos usted va a trabajar conmigo. Betty irá a gerencia. Queda el lugar. Pensé en usted.

A la contaduría. Jamás lo hubiera imaginado: esperando en su casa el telegrama de desvinculación y tenía un ascenso. Betty, rubia de New York, a la gerencia.

En el camino de regreso pensó en la limpieza de la cocina y en el arreglo de la heladera. Difícil mantener la postura de hombros rectos. Para eso compró los zapatos de pulsera: la mantenían erguida, con un aire com-padrón. Sin zapatos de pulsera no hay tango. Con esos zapatos, pisaba la vida, la bailaba al dos por cuatro cada dos por tres.

Le llevó dos horas limpiar a cuatro pies los restos de huevo, vidrio y mayonesa del suelo y del zócalo de la heladera.

Se puso los zapatos, abrochó la hebilla, extendió la pierna, un giro, otro. El mentón hacia arriba, dos dedos acomodando el ala de un sombrero imaginario. La heladera funcionando, la cocina limpia, el empleo asegurado y ascendido.

La cita cancelada. Podía superar eso. No cambia así como así la melodía.

La vida es una herida absurda.

Mi querido Manuel:

La próxima vez que te escriba habrá pasado el verano y estaré llegando para explicarte que la cifra de mi amor es impar, azul y alunada. Es viajera, errante y de una insistente esperanza en las ventanas.

No lo sabías, ¿cómo podrías?

He sentido tu sopro y me he creado sin saber si el río viene o va. No lo evité, no quise.

Te pierdo siempre en la mitad del encuentro. No es por la lluvia, son los finales de escena.

No estás y corro por la isla despareja, suelto los zapatos para alcanzar la señal. La pierdo.

Un viejo guarda mis zapatos. En el pie izquierdo se incrusta una casita de caracol. La arranco con la mano. Duele. Y me subo al avión que se va a caer. Descalza. No sé regresar. Soy de partir.

Yo tengo el secreto de los vientos, la precisión de las brújulas, las manos que escriben tu nombre. Todo menos la balsa de atravesar los ríos, los tuyos, donde navegan engeguedidas las verdades. Con lo mucho que me gustan las mentiras.

Los viajeros nos formamos con el aura de los desencuentros. Te envió los zapatos. Llegaré después, descalza, para que me reconozcas. ¿Podrás cuidar del sueño de los caracoles? ¿Podrás? No puedo perder otra vez los zapatos de perderte.

Lucía

Josefina se murió un Miércoles de Ceniza. Polvo al polvo. ¡Tan devota Josefina! Había cuidado a las cuatro cuando eran niñas, cuando crecieron y cada vez que desbordaron felicidad o infelicidad, esas emociones transitorias que ocurren en la vida.

Josefina vivía en la casa de al lado. Sola, guardando secretos y milagros. Las cuatro invadían ese universo con torpeza. Las casas eran iguales, en espejo, de esas casas de estilo para las que se utiliza el mismo plano.

Todo estaba arreglado para que las cuatro la heredaran. La herencia solo incluía los objetos de la casa. El dinero, la casa y el auto que hacía años que no usaba Josefina se los había dejado a los padres de las chicas.

Armaron un plan que les pareció justo. Cada una usaría durante un año los zapatos grises de Josefina en cada ocasión en que se reunieran. Sobre los zapatos de Josefina, por orden de edades, ellas volverían a la casa y pondrían una etiqueta a los objetos que creyeran ser merecedoras cada una de ellas. La que al final de la división tuviera puestos los zapatos se quedaría con la caja de madera que guardaba las exquisitas joyas de Josefina.

El juego comenzó de inmediato. Los zapatos grises serían la guía. Cada Miércoles de Ceniza se reunirían en la casa para llevarse los objetos y pasar a la siguiente los zapatos.

Cruzaron etapas, cerraron inviernos y un día Matilde, sobre los zapatos grises, se quedó con la caja de las joyas.

Al lado de la casa de Josefina, se había mudado Antonia, la hermana exitosa. Vivía sola. Había cuidado

a sus cuatro sobrinas en la casa paterna, que había ido transformándose mientras cambiaba la casa de Josefina. Todas querían mantener juntos los objetos, como si separarlos supusiera fragmentar la historia de Josefina. Todo aquello que se sacaba de la casa de al lado se ubicaba en la otra, que a su vez empezaba a refundarse al otro lado de la cerca, porque también protegían sus propias historias de los despiadados fragmentos de la memoria.

En la primavera Antonia murió. Ese 21 de septiembre al regreso del cementerio encontraron una carta con instrucciones para las cuatro sobrinas, un inventario detallado de los objetos de la casa, los mismos que habían dividido por casi cincuenta años otras cuatro mujeres. Arriba del inventario había una caja con sus joyas; arriba de la caja, los zapatos de Antonia.

Casi no puede caminar. No resiste los zapatos. Se apoya en la baranda de la rampa para discapacitados del banco y se los quita.

El alivio es inmediato. La decisión también. Caminará tres calles descalza. Sin soltar la rampa recuerda los sueños recurrentes de andar sin zapatos entre la gente. Al contrario del sueño, no le importa. Los sueños duelen, queman, ensucian.

Descalza por las veredas de baldosas viejas y calientes, apenas unos pasos y ha esquivado varios obstáculos. Mejor no mirar hacia abajo. Los pies tocan los sueños que se cayeron con el viento de la mañana y la llamada de media noche. Final. Fue difícil, pero no tanto. Deja los zapatos en el suelo para buscar la llave.

—¿El zapatito te aprieta?

—Ya no.

Recoge los zapatos. Entra. El vecinito de en frente se queda mirando la puerta cerrada.

Había dicho que la lluvia era como una red. Eso había dicho. La mujer se quedó mirando al hombre que embolsaba naranjas frente al bar. Llovía, claro. Subió al auto. En el semáforo apagó el limpiaparabrisas para ver la lluvia y la red. No. No eran dos cosas. Era la lluvia como una red.

Escribiría eso. Llovía. Pensaba en cuantas cosas quedaban bajo la red de la lluvia; inevitable pescadora de nostalgias la lluvia, la red que atrapa las nostalgias. No se puede huir de una red ni de la nostalgia ni de la lluvia.

¿Cómo es que suelta esas cosas el hombre de las naranjas? ¿Cómo es que habla de la lluvia como si hablara de ver llover? ¿Cómo es que puede uno quedarse en las redes de las palabras mientras llueve? Si pudiera salir y decirle... Pero no podía. La lluvia caía como una red. Se quitó los zapatos. Nunca mojaría los zapatos azules. No permitiría que las redes los dañaran. Había pasos ciertos dados con ellos, había el amor entero y en pedazos. No se arriesgan esas cosas entre redes. Pero quería salir. Tenía que sentir el peso de la lluvia, la red contra la que se pelea la nostalgia, los miedos, los anhelos más hondos. Un paraguas, uno grande. Los brazos se alargaban en el paraguas cerrado que se movía con dificultad en el aire.

Alguien llamó a la policía: el tránsito era un infierno y la mujer estaba incontrolable.

En el hospital la calmaron. Despertó dolorida.

Las tardes de domingo recibía a las visitas y paseaba acompañada por las galerías hacia el espacio lejano que su alma eligiera ese día. Antes de salir se quitaba los zapatos azules.

—La lluvia es como una red —explicaba—, como una red.

El otoño era la época mejor. Demasiado frío en invierno, demasiadas moscas en verano, demasiado polen en primavera.

La estanciera gris del tío Antonio, el auto de Jota, la camioneta del abuelo y el viaje. La casa viejísima, los ladrillos pelados en el frente y las camas enormes y altas.

Ellas podían dormir de a tres y estar despiertas hasta tarde jugando con las linternas en las dos camas altísimas.

En la parte de atrás de la casa había un calicanto para el agua de los animales. Atrás del calicanto estaba la casa del tío Luis, que no era una casa: era un granero.

Hacían enojar a la abuela pidiendo mil veces el relato.

—No es para andar sacando los blasones con esa historia —decía la abuela, pero le encantaba contar que el tío Luis se había vuelto loco, que se había encerrado con una vaca y que no quiso ver nunca más a nadie, ni salir ni nada. Que la comida se la pasaban por una madero como puertita que él había dejado cuando construyó la casa para ir a vivir con la vaca.

El abuelo se enojaba. Luis había sido su tío abuelo. No lo había conocido porque cuando él nació no vivían en el campo y el tío Luis ya estaba encerrado con la vaca.

—No estaba loco —decía el abuelo—. Era por la guerra —y miraba a la abuela para que no contara.

Les fascinaba ir a la casa del tío Luis, pero no tenían permiso.

Los amigos de Jota de la facultad estaban arreglando el campo para armar una huerta grande. Habían limpiado el entrepiso, la despensa y un cuarto con cosas de los

tatarabuelos para empezar el emprendimiento. Las cosas que sacaban no se podían tirar sin la autorización del abuelo y todas iban a parar a la casa del tío Luis.

Fueron justo antes del almuerzo. Había baúles enormes y veladores con flequitos. Estantes, espejos, sillas rotas. Al tío Luis no le gustaría. ¿Por dónde iba a caminar la vaca?

Encontraron un cajón con zapatos. Eligieron. Catalina, unos con hebillas grandes adelante. Había vestidos y mantillas, sombreros, paraguas. Limpiaron un espejo y se alumbraron con las linternas. Se veían misteriosas.

Saltaron del susto cuando escucharon que las llamaban a comer.

Catalina gritó:

—¡La que llegue última se queda con la maldición del tío Luis!

Se sentaron a la mesa. A Catalina la trajo el abuelo un rato después. La hebilla de su zapato se había enredado entre las ropas de un baúl y el zapato abotinado se había atorado en el pie de Catalina.

La huerta definitivamente había sido una gran idea. El otoño seguía siendo el mejor momento, los abuelos habían partido hacía mucho. Catalina vivía en la casa del tío Luis y no quería ver a nadie.

El embarazo cambia la forma de andar, cambia todas las formas. No es tan fácil asumir lo que es natural cuando una se las pasa peleando con la naturaleza del cuerpo.

Eva compraba zapatos en cuanto sabía que estaba embarazada. Los elegía grandes, anchos, bajos, todo lo lindo que un zapato así pudiera tener; es decir, casi nada. Los llevaba a don José de la zapatería frente a la iglesia. Él los pintaba, les ponía un herraje, alguna tacha; según la época, según la moda, según las decisiones de Eva y su relación personalísima con los zapatos. Tenía cuatro hijos, todos varones. Un marido, un trabajo y un gato. Trabajaba en una compañía tabacalera que no quería mujeres entre su personal. Había sobrevivido por la casualidad de un reemplazo, un cambio en el directorio y su eficiencia en las relaciones públicas. Un mundo de hombres y símbolos masculinos.

No pensaban tener más hijos. «Cerrar la fábrica», habían dicho. Varias reuniones entre Eva, sus propias instituciones y sus muchas intuiciones dijeron que no y una tarde de agosto, después de quince años, Eva supo que otra vez estaba embarazada.

Mientras caminaba se miraba en las vidrieras: casi cincuenta años. Cuarenta y siete. Ella declaraba cuarenta. El entrenamiento diario, la dieta, las cremas, el yoga la mantenían en forma. ¿Qué sería mantenerse en forma? ¿Mantenerse? ¿Conservarse?

Le gustaba la maternidad, inundar de caprichos, ideologías y otras simbologías el mundo, el suyo. Su cuer-

po, su cuarto propio que la volvía feliz sobre zapatos feos convertidos en obras de arte.

Compró los zapatos, después pensaría en todo lo demás.

Llegó a casa temprano, recién empezaba el equipo de la cena a ocupar la cocina. El mundo estaba organizado. Todo bajo control: los tiempos de cada uno, la vida entera para el lugar de cada cosa. Se sentó en la banqueta del living y empezó a llorar de a poco hasta llegar a los sollozos, espasmos y pañuelos descartables. Hijos, marido y gato la miraban de lejos esperando que reaccionara primero.

—Compré zapatos. Son horribles —dijo sollozando—. Ha pasado mucho tiempo. Don José está muy viejito.

La resaca era insoportable. El café no ayudaba, la ducha había sido una tortura y solo pudo morder dos pedazos de tostadas porque retumbaban en el cerebro.

¿Qué otra cosa podría haber hecho más que emborracharse? Las reuniones familiares desencadenaban a los demonios de cada uno. Los demonios no son todos iguales. Los de Charly eran una máquina de decir verdades locas, decía la tía Sara. Sus primas intercambiaban triunfos como figuritas: las mejores profesionales, madres, esposas, hijas. Todos los roles cubiertos.

—Estás resentida, eso es lo que te pasa —le había dicho su hermana sacándole la copa.

Era posible: resentida, desempleada, mudándose, separándose. Poniendo la vida en cajas y el amor en expedientes.

¿Dónde estaban los zapatos? ¿Cómo es que había llegado? Charly y sus disparates. Vio dieciocho llamadas perdidas y mensajes de sus primas, de su madre, de sus hermanas, de la tía Sara. ¿Y los hombres? Miguel, tan correcto, ¿no iba a decir nada de la borrachera?

Activó el teléfono. Entró el primer mensaje:

—Tengo tus zapatos. —Se oyó la voz enojada de Celia—. Charly y sus juegos perversos van a terminar con esta familia. Perdoname lo de anoche, espero que no te acordés.

Sí se acordaba. Celia sobre sus zapatos; construyéndola superada, indiferente, altanera. ¡Qué sabía Celia de ella!

Recordó. Charly había propuesto a las mujeres intercambiarse los zapatos. La tía Sara, que jamás esta-

ba sola en el sentido en que ella misma interpretaba la soledad, era la más entusiasmada. Su prima Estela había llorado porque Mily caminaba con sus zapatos por el living, metiendo en la cartera todo lo que encontraba a su paso. Nadie en esta familia quería ser malo, tener reveses, miserias, zonas oscuras.

Abajo de la cama estaban los zapatos de la tía Sara. Sonó el teléfono.

—¡Tía Sara! —dijo—. ¡La vida en tus zapatos! Si no fuera por esta resaca, me pongo los zapatos y salgo. Besé a Robert. ¡Qué escándalo! Tengo mucho por andar, tengo mucho que nadar contra la corriente. Sobre cualquier zapato quiero ser salmón. Contra la corriente, a contra-mano. «Ya no quiero más nadar en piletas» —canturreó sosteniéndose la frente con una mano.

La carcajada de la tía Sara recorrió, nadando como un pez, como un salmón, el departamento casi vacío.

La película terminó mal. Se había agotado de ver correr personajes, fracasar en la empresa y partir cada uno por su lado. Esperaba otra cosa, siempre esperaba otra cosa.

Él dijo que iba a cocinar. *Omellette* y espárragos.

Ella no aceptó el vino porque tenía una mañana intensa al día siguiente.

Ofreció limonada y se la sirvió con hielo picado, unas hojas de menta y una rodaja de limón en el borde del vaso escarchado.

—Vas a sentir un sabor diferente —le advirtió—, tiene un toque de jengibre.

No estaba a la altura del agasajo. Se puso los zapatos que se había sacado para acomodarse en el sillón. En esta clase de citas con pretensión de casuales, el lenguaje de los zapatos es determinante.

Pensó en el trabajo para el taller de diseño. Ni una idea. Cocó Chanel decía que la moda tiene que ver con las ideas y Versace que el trabajo de los diseñadores debería hacer soñar a la gente.

Necesitaba más que una película, necesitaba más que el agasajo de la *omelette*, necesitaba saber que era lo único diferente del perchero. No quería finales baratos, no creía en las liquidaciones.

Miró el momento. Estaba bien la noche. Una oferta vestida de desacierto con la película, compensada con perfume de mostaza, huevos y espárragos. El clima creándose sin el camino seguro del vino. Haciendo equilibrio

sobre limones. La limonada ofreciendo el cambio, validándose como opción. Escarcha y jengibre.

La promesa de Versace y los contrastes de Chanel.

Se sacó otra vez los zapatos y cambió de idea sobre el vino.

La fiesta estaba en el mejor momento. Casi se la pierde para no encontrarse con él. El pasado común con un ex reciente es presente continuo. Los amigos se llenan de explicaciones a la hora de los planes, los encuentros en los espacios comunes son inevitables, incómodos la mayoría de las veces. La vida parecía ponerlos en caminos paralelos, siempre en espejo.

Se parecía a una crisis, pero era un final. Algo estaba roto. Las últimas semanas habían estado encontrándose por casualidad y no tanto.

Se salió el taco de un zapato y dejó de bailar. Sin saber por qué le pidió ayuda a un mozo.

—Se lo llevo a Julito, si usted me permite —dijo el mozo—. Julito es de limpieza, antes era zapatero. Arregla zapatos hechos pedazos desde chico, aunque cuando algo se rompe así, dura poco —continuó el mozo mirando las dos partes del zapato—. No le voy a decir una cosa por otra. Aquí parece que no hay nada para recuperar.

—Por favor, dígame una cosa por otra —suplicó ella.

—¿Qué pasa? —preguntó el reciente ex de presente continuo.

—Cuando algo se rompe así —dijo ella—, ya no pasa nada. No hay nada para recuperar.

Un zapato la había sacado del baile; el mozo, sin piedad, había matado la metáfora y a Julito... se parecía a ella. Tan eficiente en el arte de lo insalvable.

En el *placard* del departamento había una calcomanía gastada. Sobre esa puerta puso un corbatero para colgar pañuelos. El calco que no pudo quitar a pesar de los esfuerzos se quedó ahí, tapado por los pañuelos.

En las primeras noches los ruidos nuevos parecían instalados en el living.

En el *placard* del cuarto que usaba como escritorio encontró un par de zapatos en una funda de almohada oculto atrás del ángulo que formaba la viga que pasaba por el interior.

La encargada del edificio no sabía. Antes había vivido un viajante, un hombre solo, muchos años y antes una pareja recién casada que estuvo dos años. Antes de eso hubo otro encargado que había fallecido.

Pidió los datos del viajante. Tal vez los zapatos fueran de su madre.

El viajante no sabía nada. No tenía madre, ni tiempo para esas rarezas.

El matrimonio ya no estaba junto y ninguno de los dos sabía ni había visto nunca los zapatos.

Los ruidos se volvieron familiares y la sensación del living no era una sensación.

Una mañana sacó la puerta del *placard* y trabajó hasta quitar el calco. Abajo de las huellas de los raspones se leía apenas tallada en letras mayúsculas y desparejas: Edna.

Devolvió la puerta al *placard* y los pañuelos sobre el nombre.

Esa noche el fantasma de Edna hizo ruido con la cuchara larga para el jugo en la jarra de arriba de la heladera.

«Está muerta. Tiene asuntos sin terminar. Así son los fantasmas. Persistentes», se dijo.

Durante algunos años investigó sobre Edna. La buscó en el mundo de los muertos y siguió las pistas de todas las Ednas que encontró en los registros de los cementerios.

La relación entre ellas se volvió entrañable. Miraban televisión, Edna la despertaba temprano tirando el coberter, la dejaba dormir por las noches, cerraba las ventanas si llovía y abría la duchas con agua templada cuando estaba triste.

En un cementerio jardín estaba enterrada Edna Smith. La lápida tenía dos nombres: Thomas y Edna Smith.

«Tal vez quiera una exhumación para que le pongan los zapatos», pensó.

La familia era grande, pero solo habló con una prima lejana.

—Él era un hombre de carácter fuerte —contó la prima lejana—. Ella quiso irse muchas veces. Era celoso, le escondía los zapatos para que no saliera.

Le costó años convencer a la familia. Una hermana la ayudó y trasladaron a Edna Smith a otro cementerio. En los gastos se fueron vacaciones y aguinaldos, horas extras, la pulsera de dijes.

Pero el querido fantasma de Edna no se iba. La exhumación para ponerle los zapatos era un disparate. ¡Llevaba muerta diecisiete años!

Se sentó en la cama y le explicó. Muy despacio se abrió la puerta del *placard* y cayó el corbatero con los pañuelos descubriendo el nombre.

Entendió como entienden las amigas. Edna con nombre propio.

Un lugar para ella sola. Un sitio que no dijera Edna Smith. Un lugar para Edna Hill.

Amanecía lentamente como si supiera, el día, que lo quería demorado.

Tenía que llevar a Paula a una curandera famosa.

Trescientos kilómetros a recorrer escuchando a Paula jurar que el último tipo que había enganchado era el amor de su vida. Los curanderos de Paula eran un presupuesto importante.

La casa de la curandera era linda. Tenía dos plantas, un estilo simple. Balcones, terraza, nada esotérico.

A la entrada unas columnas de troncos y medias sombras separaban las cocheras para la espera de los autos.

—Paula, esto parece la espera de un telo —dijo—, hace un calor de locos.

—Dale, entrá conmigo —pidió Paula.

En el medio de la casa atendía la curandera. En un lugar que podría ser el living, caminaba en círculos por un sorprendente piso de tierra.

La mujer sacó un látigo y empezó a golpear el piso levantando una tremenda polvareda y lo que la punta del látigo enganchaba.

—¿En dónde está él? ¿En dónde está él? —gritaba la curandera y golpeaba en el cuarto en penumbras suspendido en polvo—. ¡Volvé! ¡Volvé!

Cuando se detuvo, Paula estaba inmóvil contra la puerta. La curandera levantó un zapato que había caído al paso del látigo y le dijo:

—Cuando regrese él, tenés que comprar un par de zapatos negros, atarlos con una cinta colorada y ponerlos abajo de la cama toda la noche. Pagá a la salida.

Pagó porque Paula le había dicho que al final la había atendido a ella.

Salvaron el viaje y el día riéndose por horas del látigo y la curandera.

El martes lo encontró en el ascensor.

—Volviste —se sorprendió ella.

—El lunes —crisis de domingo— decidí volver. No me costó. Te he extrañado —dijo él.

—Pasó casi un año —dijo ella.

—¿Podemos hablar? Invítame a comer. Llevo el vino, explicaciones, una lista de súplicas y pedidos desesperados de disculpas —dijo él.

—Hoy no —dijo ella—. Hoy tengo que comprar zapatos negros y una cinta colorada.

Cuando lo vio desnudo, totalmente desnudo, caminando por el cuarto con la toalla en la mano, supo que había derrapado. Era tan joven. Treinta. ¡Treinta!

Abría con desfachatez la puerta de los armarios. Destapaba los frascos. Se le veía el pene.

A los cincuenta un pene ha pasado por tantos nombres que está casi vaciado de contenido. A los cincuenta no se dice tantas veces pene. A los cincuenta todos los penes tienen más o menos cincuenta, una escala próxima al menos.

A los cincuenta si una ve un pene de treinta desde la cama se tapa hasta el cuello con la sábana enredada de derrape.

El chico del pene abrió la puerta del *placard* de los zapatos.

—¡Guau! ¿Cuántos zapatos tenés? —Los contó—. Treinta —dijo. Era cierto.

Salía del cuarto y volvía comiendo, manzana, obleas, restos de cosas de quién sabe cuándo. Seguía desnudo. Se le veía el pene.

—Preparo café. ¿Te parece? —preguntó el chico del pene.

—Ok —quiso parecer canchera.

Saltó al baño, ducha, perfume, secador, todo rápido, corrector de ojeras, una base suave.

Leyó los mensajes que hacía rato escuchaba entrar, sin atinar a hacer nada.

—¿Qué hacés? —preguntaba una amiga.

—Miro un pene —escribió ella. Era cierto.

—¡Ja ja ja! ¿Derrapaste? —preguntó la amiga.

—Sí —contestó ella. Era cierto.

—Cuando veas un pene, ponete a rezar —dijo la amiga.

—¡Ja ja ja! —contestó ella entre letras y emoticones.

—Vamos a comprar zapatos —propuso la amiga.

—Tengo treinta pares —escribió ella con mayúsculas y silenció el teléfono.

—Está listo el desayuno. Hay tostadas y mermelada *light*. —El chico del pene hablaba susurrando mientras le aflojaba el cinto de la bata de baño.

No estaba para rezar. Derraparía. Después pensaría, y después compraría zapatos. Después.

En escalas de zapatos y penes, treinta definitivamente es poco.

Su hermano sacó del abrigo una etiqueta de cigarrillos. No sabía que fumaba. No debía fumar. Se sentaron en el escalón helado del final de la escalera cada uno con un zapato en la mano. Le pidió un cigarrillo y se ahogó. Ella no fumaba. Buscó en la cartera caramelos, su hermano le ofreció un puñado de Media Hora.

—¡Qué antigüedad! —dijo ella—. ¿Todavía vienen estos caramelos?

Ellos eran expertos en golosinas, conocían todas las alternativas. Sabían el secreto de cuáles eran las galletitas que formaban una Tita o una Rodhesia.

De los bolsillos de su hermano salieron *chiclets* de menta salvaje, caramelos de mentol. Todo para tapar el olor a pucho.

De la cartera de ella, la mitad de un chocolate, Rocklets, Palitos de la selva, galletitas Melba y caramelos de vueltos varios. El quiosco era para los dos un paraíso; todo lo que querían y siempre algo prohibido.

Desde lo alto de la escalera se veían los techos larguísimos de los pabellones del hospital. Había un gato. Les gustaban los gatos. Hablaron de gatos. No estaban eludiendo la muerte, la espera juntos era para eso. De a ratos intercambiaban el zapato.

El frío se mezclaba con las risas y las conversaciones casi infantiles que ambos tenían. Su madre los pensaba niños. Para siempre en el país de Nunca Jamás. Una vida con eso era difícil. Pero esa noche helada de agosto estaba bueno. Tenían historias, disparates, galletitas, el corazón partido y Rocklets, *chiclets*, un zapato cada uno y un gato que mirar.

La casi mañana sería de sol.

Después de que el médico firmó el certificado se quedaron sentados un rato más en la escalera con los zapatos que, durante la noche entre gatos y chocolates, habían deformado para calzar por última vez los pies hinchados de su madre.

Ser la novia del presidente del centro de estudiantes era como tener un título de realeza en esos años. Estaban todos tan politizados que veían las señales del imperia- lismo hasta en las cosas que se consumían en los recreos.

La salida de la escuela los devolvía a esa trinche- ra fascinante desde donde se ponía orden al mundo y se creía posible arreglarlo.

Después estaba el amor en el gimnasio, sitio casi ex- clusivo del presidente, que tenía las llaves del reino del colegio solo de varones, donde la regla de etiqueta para las chicas podía ser el delantal de la escuela.

Los finales de estas cosas son parecidos. Él se ena- moraba de otra o ella se enamoraba de ese mundo mas- culino que tantas libertades prometía y se soltaba de la mano del capitán del equipo de basquet, del presidente que iba a las asambleas universitarias, del tipo mirado y admirado, y quería ir sola. Sola al cine, al bar donde se toma café y no Fanta, donde en todas las mesas se habla de cosas interesantes, se leen libros prohibidos y se vuelve tarde a casa. Sola.

En caso de ser abandonado por cinco cafés, cuatro películas, unos cuantos libros, el presidente se rearmaba, se conseguía otra novia, y el orden retornaba sin la mas- culinidad lastimada porque ella no lo había dejado más que por Cortázar.

Sin embargo, el ego y el corazón se quedaban heri- dos, nunca jamás declarados. Las novias nuevas no sa- bían las letras de las canciones y no lloraban en el cine comiendo manzanas. Ni se sentaban en cualquier parte con las piernas en posición de loto dejando los zapatos en

el suelo. No llegaban con la cara lavada y el uniforme de gimnasia después de la clase de Inglés con entradas gratis para el teatro en el medio de la semana. Pero las novias siguientes eran muchas, lindas y todas encantadas con el título.

El colegio celebraba un aniversario importante. Y ninguno de los dos pensó que se encontrarían allí.

En la mitad de un discurso, él se acercó. Le mostró un juego de llaves sostenidas en un llavero hecho de otras llaves: las llaves del gimnasio.

—¿Funcionan? —preguntó ella.

—Claro que funcionan —dijo él.

—Vuelvo en dos minutos —susurró y después cruzaron descaradamente cuarenta años por el patio. El acto apenas comenzaba.

Las llaves del reino abrieron la puerta. El gimnasio aún estaba allí. Él le ofreció la manzana que había ido a comprar. Ella se sacó los zapatos.

El regalo de cumpleaños de la abuela era el mejor de todos. A los ocho años Anita Laura recibía la Barbie recién llegada al país y con ella un guardarropa completo de línea europea.

El regalo era de su abuela y sus padres no se atreverían a contrariar el obsequio deseado.

Largos discursos sobre penetración cultural y modelos de consumo no podrían detener a una abuela, a esta al menos, a comprar la muñeca.

Anita Laura instaló la nueva Barbie junto a las otras, en la casa rosa y cerca de Ken, que vivía en el auto colorado (Ken había uno solo para acompañar a todas, todas las Barbies).

Después de la fiesta y las velitas, Anita Laura pasó la noche probando ropa y ensayando cambios a sus muñecas de la casa rosa.

En una funda (rosa, por supuesto), había una gran cantidad de zapatos nuevos. Los zapatos no entraban en los pequeños pies de las Barbies. Ningún intento de subirlas a zapatos altos para pasear con Ken funcionaba. Probó todo: cremas, el merengue de la torta, manteca, mermelada de ciruela, cinta adhesiva, hielo.

Anita Laura buscó la tijera en una antigua lata de galletitas que su madre llamaba costurero.

Cortó los dedos rosados, de uñas pintadas, y todos los zapatos calzaron a la perfección.

Guardó los deditos desparramados en la funda rosa y un rollo de cinta adhesiva, para que todo estuviera controlado.

—¡Ana Laura! —grito su madre a la mañana viendo los restos de comida, las sábanas chorreadas y las muñecas mutiladas.

Anita Laura se despertó, se sacó de la cara el pelo con merengue y dijo:

—Esto es como las reglas del dueño de la pelota. En este caso, la dueña de los zapatos.

Los zapatos de la señora Teresita Tamer llegaron con una nota, una fotografía y una urna con cenizas.

Las cenizas eran de ella, no debían ser dispersas en ningún lugar, decía la nota, escrita y firmada por la mismísima señora Teresita Tamer.

En el retrato se veía una mujer mayor, con gafas, sentada sobre una piedra y con un pañuelo flotando al viento.

El paquete le llegó enviado por una empleada del hospital a María Emilia Fuentes.

María Emilia no la conocía, es decir, no la conoció, no sabía quién era. Acusó a su padre de amores ocultos, a su tío José. Nadie sabía de ella.

Llamó al hospital. La empleada le dijo que la señora Teresita Tamer había pedido una guía telefónica, eligió esa dirección, ese nombre y decidió el destino de las cenizas, los zapatos y la nota.

«No tengo tiempo y, si miro atrás, nada hay en mi vida que sea interesante. Quiero ser interesante muerta, una buena eternidad pido. No será difícil. En el cementerio municipal tendrán que conseguir un lugar, poner una urna de vidrio con el retrato, las cenizas y este par de zapatos que jamás usé (los compré por catálogo para este proyecto)».

La gente de pueblos chicos tiene un particular respeto por los deseos del muerto y, salvados los trámites municipales, el pequeño monumento estuvo listo en cuatro días.

A la semana recibía una considerable cantidad de flores. Alguien puso zapatos y se multiplicaron ensegui-

da; un anillo generó una cuerda de donde empezaron a colgar otros anillos. En un mes hubo que construir un muro para alojar las cartas a la señora Teresita Tamer. La gente no pasaba por la ruta sin una oración o un pedido. Una madrugada apareció un cartel: «Gracias, señora Teresita, guía del amor». Nadie supo cómo los días 26 fueron de peregrinación y el cementerio resignó un gran espacio para ofrecer sombra, levantar el monumento, resguardarlo con rejas que la provincia financió, declarando el sitio de interés provincial.

El pueblo cobró fama como el lugar donde se pedía por los grandes amores. Había una historia de zapatos cuyo misterio era fascinante. Sobre la ruta se construyeron alojamientos, algunos muy sofisticados, y empresas de hotelería de lujo licitaban la zona de la laguna, que se llamaba ahora «Laguna Teresita Tamer». El monumento creció, el pueblo se llenó de corazones, las mujeres dejaban zapatos de promesas. Los lugareños activaron una industria de cosas en forma de corazones, zapatos en miniaturas, tarjetas, tejidos; hasta se decía que por algunas monedas se podían conseguir las mejores cartas de amor listas para enviar. Todos tocaban la urna con los zapatos milagrosos de la señora Teresita Tamer para que los guiara en el amor.

Los 26 de octubre la fiesta se televisaba por canales de cable y se presentaban libros con la historia, antropólogos daban conferencias sobre la capacidad de las cosas para salirse de la historia.

Los zapatos de catálogo de la señora Teresita Tamer que llegaron con una nota, una fotografía y una urna con sus cenizas daban cuenta de qué poca, qué poquita cosa, es la realidad.

Cuando el avión se caiga, se va a caer en una isla. Caníbales, llena de caníbales, va estar la isla.

No van a poder rastrearnos por la lluvia. Aquí no funcionan los radares. Caen tres gotas y suspenden los vuelos. Habrá que nadar hasta la costa. El avión va a quedar cerca. Los sobrevivientes tendrán que cubrirlos con ramas para que no lo vean los caníbales. A las ramas las va a tener que tirar la tormenta porque no habrá herramientas y, considerando los que sobreviviremos, fácil no va a ser. Según estudios realizados, desde las puertas de entrada o salida hacia el interior solo cinco filas son seguras, un 30% de posibilidades de supervivencia para esas filas, pero solo los sentados en el pasillo tienen 40% de posibilidades de quedar vivos. La rubia equivocó los zapatos para el viaje, en cuanto caigan las máscaras de oxígeno y se recupere, le van a pedir que se los quite por objetos punzantes. La decisión de subir en zapatillas con cordones fue un acierto, por las cortaduras al bajar.

Son once los minutos de alerta: tres al despegar, que son interminables; cinco al alcanzar la altura cruzero, eternos cinco minutos. Lo más común durante esta etapa es el incendio de algo. Nunca el ala porque los pilotos van a soltar combustible, muchos incendios se inician justo ahí. Las probabilidades de riesgos menores de los asientos traseros son 54%; habrá que considerar, sin embargo, que el porcentaje se reduce en los que no alcanzan el 35% de los cinco para llegar más rápido a la salida. El tiempo es fundamental cuando pasan los cinco minutos de alerta. Un poco de agua y esperar unas horas más. Elegir una película o ninguna. Ninguna.

El señor de la ventanilla parece tranquilo. No tiene informaciones sobre catástrofes aéreas, eso se nota. Tal vez no sobreviva; hasta que llegue a la puerta podría haber una explosión.

—¿Está bien? —pregunta el señor de la ventanilla.

—Sí, gracias —responde sin quitar las manos crispadas de los posabrazos del asiento.

—Tranquila, el avión es muy seguro —dice el señor de la ventanilla—. A veces se sufre mucho durante los vuelos.

—No traigo puestos zapatos —dice como respuesta—. Los traigo en el bolso para cuando se detenga el avión. Son color tiza. Faltan cinco horas de imprevistos y los tres minutos de alerta al aterrizar... Si aterriza, digo, por el tema de la tormenta y eso.

El señor de la ventanilla miró el bolso sobre la falda, adivinó los zapatos color tiza y por la ventanilla confirmó: cielo despejado.

Se sacó los zapatos. Toda la mañana caminando. Las oficinas públicas tienen la terrible carga de la monotonía, lo igual. «Nadie propone nada —pensó—, alegres y esperanzados reciben al mercader que promete promesas». Había vendido todos los vidrios pintados. Los había buscado en los contenedores de basura; desarmó cuadros, espejos, el ventiluz del lavadero. Tenía que armar la empresa urgente para buscar la plata que necesitaba y que era mucha.

Sin contar, guardó los billetes en una bolsa de plástico.

Los zapatos estaban agujereados. No se notaba. Dolía. Si le pegaba algunos cartones, daban un par de días más. Pidió pegamento a una vecina. La vecina le dio el pegamento y le regaló un par de zapatos del mismo número.

Ya no tenía qué vender. No quedaban vidrios en el departamento, solo los de las ventanas. Miró los zapatos y estaban nuevos, un poco antiguos. Tal vez una intervención y... podría conseguir un buen precio.

Bajó y pidió a otra vecina corrector blanco, líquido, para reparar unos zapatos. Consiguió el corrector y un par de zapatos que casualmente eran de su número; mintió, claro. En dos horas tenía retazos, pegamento, pinturas, esmaltes de uñas, cordones, collares rotos y ocho pares de zapatos.

No tenía mesa. Lamentó la transacción sin magia de la mesa. Pero tenía pinceles y se tenía a ella; después de todo, era una artista. Trabajó en el suelo. Puso una sábana abajo. Cada par hablaba. Ella atendía. Podía ver cami-

nos borrados por distracción. Buscar los atajos mentidos por ilusiones, seguir los senderos secretos por omisiones, prefigurar tardes de sol, inviernos nubosos. Estar ante un par de zapatos inmóviles desencadena esa lenta ceremonia de sentidos y colores y texturas. Otro dato de estar en la vida. A veces primeros pasos, otras los últimos metros o la posibilidad de no estar en ningún lado.

A la salida del sol los zapatos eran las trompetas del viernes, la mañana por delante, el humo del café que se permitió y la música gritándole con Tina: «Proud Mary».

Volvió con el dinero no tan importante ahora como el proyecto, los planes, las ideas. Crear historias en la impiadosa ciudad que lastima hasta sangrar el alma, el corazón y los pasos de los artistas.

Los zapatos tienen una nomenclatura cambiante pero clara. Hay zapatos de *free time*, de noche, de calle, según lo mande el mercado y se obedezcan, creyendo ser parte, las leyes de las fábricas locales pretenciosas, que como Manuelita quisieran siempre ir a París a plancharse en francés del derecho y del revés.

Lo cierto es que zapatos y mercado indican el camino y el momento. Hay quienes dicen: «Son para todo andar». ¿Cuáles serán los secretos de esa categoría? *Todo* es mucha palabra.

El supermercado, por ejemplo, es un sitio hostil para muchos zapatos. Asombra que haya personas que puedan considerarlo un paseo en donde entraría la categoría *free time* o, para otras, el todo andar.

El piso es resbaloso, siempre hay algo derramado, y la alerta en las funciones de los reflejos de retroceder al sacar algo que se derrumba, desfonda o cae.

También están las cuestiones emocionales. Encontrar, por ejemplo, en el pasillo de las lavandinas a un viejo amor es todo un tema. Según el viejo amor y según los zapatos.

Si es de los amores inquietantes dan los zapatos clásicos de taco fino, sin exagerar, pero la emoción juega en contra y el peso de todo el cuerpo tirado sobre el carrito deforma la escena. Hay que saludar con un abrazo incómodo, partido porque en una mano está la botella de lavandina en gel con aroma a lavanda rompiendo la mejor de las nostalgias guardadas y proyectadas en un encuentro casual que definitivamente no sería en el supermercado.

Hay que recuperar la parada —para eso están los zapatos— y conducir el carrito en la dirección contra-

ria desafiando ya en este caso el sistema respiratorio, que acompaña al corazón que late desorientado ante la pésima idea y la aceptación de tomar un café allí mismo.

El supermercado expone. Los secretos estallan en los colores que iluminan la compra. El verde para las cosas *light*, el colorado para las fajas de las promo 2x1. Y están también las cosas personales, el hilo dental, cientos de paquetes de galletitas de chocolate, el pollo que chorrea de la bolsa ¿y para qué podrán ser tantos limones? El viejo amor sabrá que la sal es de bajo contenido en sodio y que los muchísimos sobrecitos de gelatina son todos de cereza. Los zapatos ayudan a la dignidad y un poco al encanto del momento.

La etapa de la caja es otra batalla: llegar hasta allí sin elegancia esquivando el consumo cotidiano y sonreír a la cajera que no encuentra el código de los salamines y los iza en un dedo llamando por altavoz, pide cuatro veces el DNI porque no puede pasar la tarjeta, y ofrece el trapito con el que limpia la cinta para solucionar el chorreado de la bandeja de carne sobre los zapatos combinados, arruinados para siempre, mientras pregunta qué tal es el arroz integral.

No se va al supermercado porque entró la culpa de saber a la heladera custodio de solo la mitad de un limón y una botella con agua. No se va con zapatos que el encuentro con un viejo amor arruinará. No se va sin considerar las ventajas de los zapatos de todo andar o de los *free time*. Y, por último, si la charla de café no tiene más miradas, atención, suspiros y pensamientos que el precioso zapato chorreado... Las casualidades que nunca estuvieron listas para ser camino sobre zapatos de cualquier nomenclatura jamás deberían coincidir en el pasillo de lavandinas de un supermercado.

Nora ha vuelto a la ciudad. Se instala en la cochera porque el departamento está alquilado. La cochera está llena de cosas y apenas tendrá espacio para dormir. El departamento está en un monoblock, en un predio con jardines, y la cochera está alejada de los departamentos. No tiene baño; no le importa. Al frente hay una estación de servicio abierta las veinticuatro horas. En una semana estará instalada, en tres meses recuperará el departamento y jamás volverá al campo.

El primer día Nora improvisa una cama entre frazadas y ropa. Duerme. A la mañana abre la puerta porque hace calor. Se despereza en bombacha y una musculosa verde que le alegró encontrar. Sale al jardín y le pide al jardinero agua. El jardinero está regando y sostiene la manguera mientras Nora se cepilla los dientes y se lava la cara. Agradece y regresa a la cochera a vestirse. La cochera es la 36. En la estación de servicio desayuna, usa el baño, cuyo llavero es una rueda de triciclo. Antes de salir del baño, Nora limpia los espejos y los deja brillando.

El segundo día el jardinero sostiene la manguera y Nora puede ducharse. En la cochera va acomodando las cosas. Encuentra un par de zapatos dorados. No se acuerda por qué los tiene. Se los pone y va por desayuno a la estación de servicio.

—Son mágicos —dice Nora levantando una pierna y mostrando un zapato—. Eran de una vieja irlandesa que conocí en el campo. Me los dio para que nadie, nada, nunca detenga mis pasos, para que las flores se abran cuando pise con ellos y reciba el sople de todas las es-

trellas —dijo como recitando, inventando, divertida de impresionar a su auditorio.

Los empleados la miraron extasiados, no solo porque Nora era hermosa, sino porque no estaban habituados a las cosas distintas, a los poderes de las mujeres pellirrojas de zapatos de oro.

Lavó el cabello en una de las tres piletitas y antes de irse las limpió hasta dejarlas brillando como los zapatos dorados. Devolvió el llavero sin la rueda de triciclo, que cambió por una gran estrella dorada de la bolsa de Navidad guardada en la cochera. La dueña de la estación de servicio prohibió tocar la llave. Solo ella la manejaría.

El tercer día, Nora tiene la cochera casi despejada. Ha armado una cama, una mesa de luz y dos sillones. Va por su ducha y descubre un camino de plantines que el jardinero hizo entre la cochera y el naranjo donde toma la ducha.

En la estación de servicio le invitan el desayuno y ella cuando usa el baño limpia los sanitarios, que quedan brillantes.

El día cuarto las vecinas de la cochera 37 le regalan una bata de baño porque los días se vienen más frescos. El baño de la estación de servicio ya no puede ser usado por los clientes, solo por ella, que peinará, cortará el pelo y contará sus historias; primero a la gente de la estación de servicio y después por turnos.

Los plantines tienen flores el quinto día y Nora se va temprano al trabajo. Los de la cochera 35, que no tienen auto, le prestan su cochera y en el día seis Nora tiene dos ambientes.

El día siete Nora no trabaja. Descansa recostada. Recibe a la gente que desde temprano hace cola con donaciones para conocer a la mujer de zapatos dorados que vino del campo, cuenta historias que atraen la suerte y abre flores a su paso.

Almorzaron. Misma comida, pedida en el mismo orden, sal, molinillo de pimienta negra que perfuma hasta el agua mineral. La conversación pasea por todos los estados. Trabajos, amores y secretos se mezclan en todos sus matices. La risa de conocerse, la sonrisa de adivinarse, el guiño de «Puedo escucharte cualquier delirio».

Cualquier disparate califica para un proyecto nuevo. Ellas tienen el privilegio de extrañarse a la hora y media de haberse encontrado o de continuar la misma conversación después de siete semanas.

Los almuerzos en cualquier sitio del año son inauguraciones, rituales, conjuros de comienzos. Un momento a carcajada pelada y tramos de canciones desentonadas.

Los compañeros de viaje tienen esa forma de pisar cualquier arena cuando se encuentran. Armar una bitácora otra es andar sin brújula por las páginas.

La escalera suena en sonidos de pasos. Gente que sube o baja. Otros pasos pensados por otros o no. Los sonidos de los pasos son cosas que se recuerdan no sin nostalgias de notas cansadas, expectantes, bienvenidas o finales.

La puerta de salida se vuelve terriblemente pesada cuando se abre el tiempo con todo el cuerpo.

Camino de regreso, mismas coordenadas, siempre, calendario en los planes. Vidriera de zapatería insoslayable. Zapatos. No todos los zapatos, no todas las pisadas, no todos los pasos.

—Los árboles han crecido ¿no?

—Es cierto, han crecido.

Cuando Celina supo que su hija se había enamorado de Marcos, sintió que desaparecían todos los fantasmas.

Las mujeres de su familia siempre se habían enamorado de hombres llamados Juan.

Una gran colección de Juanes acompañaba historias de matrimonios terribles, abandonos en el altar, traiciones, mentiras, promesas incumplidas.

Meli encontró a Marcos para romper el maleficio, decía su abuela, que cada noche vaciaba la botella de whisky y el corazón de reclamos frente al retrato de Juan Manuel, que le había dejado tres hijas, un montón de deudas y se había ido preso de los amores musicales de la profesora de piano de Celina.

Celina conoció a su Juan en las olimpiadas de la escuela. Juan Ignacio nadaba como nadie y se casaron en seguida. Cuando Meli nació, Juan Ignacio tenía varios campeonatos nadados y dos años más tarde, después de desaparecer todo el verano, viajó a Brasil a un triatlón. Nunca volvió.

Un inagotable repertorio de auténticos Juanes con dones donjuanescos tenía la familia en su historial.

Meli, enamorada, les recordaba lo difícil de construir amores, aunque mucho les tranquilizara el nombre de Marcos. Sabían que ellas no estaban hechas para el amor.

—Está decidido —dijo la abuela apoyando el vaso vacío sobre la cara de Juan Manuel—. Meli se casa el mes que viene. Es primavera, es un buen tiempo y llevan... No importa cuánto llevan. Que se casen.

—Puede usar mis zapatos —dijo Alicia—. Yo no llegué a usarlos y, a diferencia de muchas, no quemé ni el vestido. Están impecables. ¡Ah, Juan Martín! ¡Yo lo habría perdonado!

—O mis zapatos —dijo Claudia—. Solo los usé unos minutos. Juan Esteban nunca llegó a la boda.

—Basta —dijo Meli—. Las cosas con Marcos están bien así. No pienso casarme.

La noche puso a la abuela en tono y, entre vaso y vaso, armó el plan.

Ellas no se habían permitido segundas oportunidades: el daño de los Juanes era devastador. Tenían que conseguir un Juan, lograr que la confundiera, asustara a su nieta y Meli volviera a refugiarse en el nombre que salvaría la historia para siempre.

La descendencia de los Juanes era toda de mujeres. Quedaban varias nietas, sobrinas y dos sobrinas nietas, ¡y ellas!, expuestas al terrible destino de todo aquello que fuera Juan.

Encontraron a Juan José en un sitio de acompañantes de internet. Juan José aceptó, cobró por adelantado, conoció a Meli, la conquistó y le rompió el corazón.

Meli perdió el juicio y pidió los zapatos, todos los zapatos de todas las bodas consumadas, anuladas o frustradas. Ella estaba dispuesta a romper el extraño hilo que ataba y caminaba desamores, no necesitaba un nombre. Había que aprender a gastar los dolores. Y corrió.

Cinco años y siete meses corrió Meli con zapatos de bodas. Corrió por los parques y las escuelas, por los subterráneos y las avenidas, por los parajes románticos y los mercados, por las iglesias y los hoteles por horas, por cementerios y galerías, hasta entregar a su abuela una bolsa con pedazos de tacos, con clavos, botones, hebillas y moños de metal.

—Ya está —dijo Meli.

Su abuela quiso tener una caja especial, una suerte de urna funeraria para guardar el triunfo o la derrota, según el día, según la noche, según el whisky.

Se la encargó a un ebanista cotizado, un hombre guapo, mayor, que solía encontrar en los conciertos de verano.

Se llamaba Juan.

En el *hall* central del *shopping*, una promotora reparte folletos. Los folletos ofrecen mercancías como sueños, explican ideas sobre ser libres y promesas sobre ser jóvenes. Los secretos del éxito.

Ella solo quiere comprar esos zapatos color caramelo. No tolera seguir la flecha de los folletos.

Los vio el jueves a la salida del cine en ese mundo perfecto que es el *shopping*. Todo está allí.

El mundo en las vidrieras y el universo en el teléfono que cada uno tiene en la mano.

Ella tiene un folleto con la promesa de ser libre, joven y exitosa. Guarda en la cartera los anteojos con la resolana de las once y sigue el andar perfecto de Carrie Bradshaw, la escritora exitosa de *Sex and the City*, que se prueba zapatos en la pantalla del negocio del frente.

El negocio tiene pretensiones. Son de cabotaje. Carrie elige Manolo Blahnik.

Ella tiene otras angustias, otra experiencia de caminar por la vida, y otra cuenta bancaria. Claro que le gustaría un par de Manolo Blahnik. No es el precio solamente: es el mundo que se pisa, el cómo, el por qué y el cuándo. De todos modos, en ese lugar no tienen Manolo.

Carrie se queda. Ella se va. «Hay dos cosas que una mujer no puede evitar: llorar y comprar zapatos», reza una multipremiada publicidad. Mujeres y zapatos son un binomio perfecto, pero las mujeres que la habitan no lloran. No mucho. Ni consumen promesas de sueños de otros. Establecen parámetros casi siempre contradictorios con los mandatos de la moda, las atraviesan las ganas de estar descalzas tanto como el olor a una zapatería.

Los zapatos que vio el jueves no tienen todavía un destino. Allí están, reciben un haz de luz a esa hora de la mañana de la cúpula que se repite en todos los centros de compra. Son hermosos. La vendedora, también con pretensiones internacionales, desprende innecesariamente todos los adjetivos antes de saludar mientras ella mira los zapatos color caramelo. Después siguen los superlativos hasta quedarse sin ninguna potencialidad que desarrollar. Después los lugares comunes. Cuando puede hablar, ya los probó y decidió la compra. No encuentra el folleto, lo dejó en el negocio de Carrie. Vuelve a buscarlo y ve a la promotora sonriente, joven y libre. Le devuelve el folleto de sueños que ni ella ni sus zapatos nuevos quieren soñar.

Carrie le dedica un guiño desde la pantalla.

«Por la calle de Alcalá con la falda almidoná y los nardos apoyaos a la cadera. / La florista viene y va y sonríe descará por la acera de la calle de Alcalá».

Dolores, a los ochenta y tres, cantaba y bailaba en el patio del centro de jubilados con un vestido a lunares y zapatos de tacón.

Había días, pocos días, en los que Dolores se acordaba de todas las cosas; el resto del tiempo nadie sabía dónde estaba su cabeza.

Los últimos meses los hijos habían intentado en vano que Dolores escribiera. Los asuntos legales que habían desequilibrado los repentinos olvidos habrían sido más fáciles con un escrito, dos o tres firmas y una entrevista con el juez de familia.

Libretas, lapiceras, libros, fotografías... Todo había sido inútil. Dolores: ausente, suspendida la realidad, lejos de este mundo.

Ese sábado se despertó temprano, fue sola al baño, nadie la escuchó; después se presentó en el dormitorio de su hijo, espantando a su nuera y diciendo:

—¿Me pueden explicar que es esto? —fruncía las cejas sosteniendo el pañal en alto.

La familia se reunió en la casa y deliberaron el curso de la complicada sucesión y situación de Dolores.

Una nieta se ocupó de buscar su vestido a lunares, reparar los zapatos de tacón y llamar a la peluquera para que la peinara.

Después de la fiesta Dolores se despidió hasta el cumpleaños de Oscar, volvió a casa y se durmió. A la noche le siguió la mañana que esperaban los ojos de los

otros, pero los ojos de Dolores estaban otra vez entrece-  
rrados y muy lejanos.

Las medidas fueron inmediatas: abogado, curatela y  
geriátrico.

Así lo hicieron y Dolores se soltó de la mano de la  
irrealidad familiar para habitar otra en un espacio desco-  
nocido.

No pensaron que una mañana Dolores despertaría,  
armaría un escándalo por el cabello sin teñir y pediría  
a los gritos su vestido a lunares, sus zapatos de tacón y  
los nardos de satén que ella misma había hecho no hacía  
tantos años.

La familia se presentó. Algunos más emocionados,  
algunos más asustados por los trámites legales y algunos  
ocupándose de las coqueterías de Dolores.

El taconeo enérgico y el ritmo de las palmadas no  
parecían ser los de una persona que pasaba la vida ausen-  
te en una cama.

El cumpleaños de Oscar la tuvo como el número  
más esperado de la noche. Bailaron y cantaron hasta la  
madrugada.

Oscar se comprometió a cuidarla y llamar a los hijos  
si surgía algún inconveniente.

El teléfono que siempre hacía saltar a la familia los  
despertó a las seis.

Una mujer con vestido a lunares y un hombre que  
decía llamarse Oscar bailaban en las escalinatas de  
Tribunales esperando a un juez.

De puño y letra Dolores escribió que hicieran con  
los bienes lo que quisieran, detalló un contrato semanal  
con la peluquera y la permanencia del vestido a lunares y  
los zapatos de tacón en su cuarto del Centro de Adultos  
Mayores, porque uno nunca sabe cuándo la realidad será

digna de ser recibida y cuando eso pasa hay que tener los ojos grandes para verla, estar bonita y con tacones.

«Y el buen mozo que la ve va y le dice “venga usted a ponerme en la solapa lo que quiera. Que la flor que usted me dá, con envidia la verá todo el mundo por la calle de Alcalá”».

Al pie de carta al juez, Dolores escribió parte de la canción y con un alfiler de esos que tienen una perlita en la cabeza puso un nardo de satén.

Hay días a los que cuesta entrar. La velocidad con que ocurre la vida agita, no permite siempre correr con el mismo ritmo. Entrevista de trabajo. Currículum actualizado recién impreso. Una copia hecha en el negocio de una amiga. Tránsito imposible. Caminar siete calles que quedan y la cola casi alcanza la esquina opuesta. La noche de antifebriles, té con miel y limón la habían agotado. La garganta duele y la voz apenas sale.

En los muchos drugstores de los alrededores solo tienen agua fría, comprar una botellita que haya vivido fuera de la heladera parece un desatino.

—Buenas tardes, mi nombre es Christian. ¿En qué puedo ayudarla? No, agua natural no hay, los climas tropicales no se ofrecen aptos para soportar la estadía de las botellitas fuera de los 12°. Puede consultar sin cargo al 0800... o bien en nuestra página [www.aguaminalarroyoazul.com](http://www.aguaminalarroyoazul.com).

Explicaciones y sentencias, negativas terminantes, tonos correctivos. Las mismas respuestas con iguales palabras, aprendidas en capacitaciones de modelos empresariales, esos que responden a las demandas y modalidades del consumo, que dicen «¿Sí?» al final de cada frase. Puede tratarse de agua mineral, de un teléfono, dos kilos de milanesas o un par de zapatos.

Zapatos. Los pasos golpean, retumban y se arrepien- te de haber elegido los zapatos más altos para la entrevista. El disfraz adecuado de secretaria es *tailleur*, camisa clásica y esos mismos zapatos. La chica que le cuida el lugar en la cola está de zapatillas. ¿Por qué se puso esos zapatos?

—Buenas tardes, mi nombre es Ariel. ¿En qué puedo ayudarla? No, agua natural no hay. Todo está en la heladera.

«¿Qué será *todo*?», se pregunta y se detiene para aflojar los zapatos. Son hermosos esos zapatos. Los compró para el aniversario, el tercero. No celebró el cuarto. Agradeció por eso mirando el cielo nublado que se burlaba de los trastornos alérgicos del estrés.

El empleo es de medio tiempo, le dejará espacio para terminar la carrera. Tendrá que compartir departamento para poder pagar el instituto. ¿Por qué no hay agua natural en esta ciudad?

—Buenas tardes, mi nombre es Lorena. ¿En qué puedo ayudarla? No. Fría. Todo está igual. Hace calor. ¿Por qué quiere tomar agua caliente?

«Qué mina más boluda. ¿Quién dijo caliente?».

Vuelve a la cola. No soporta los zapatos.

Una secretaria perfecta con *tailleur* y zapatos clásicos y camisa, todo, todo lo que tiene que ser. Agenda en la mano que no abre, sale a comunicar que por un imprevisto se suspende la entrevista, que superaron las expectativas de concurrencia y que vuelvan mañana. Mismo horario.

—Muchas gracias. Muchas, muchas gracias, ¿sí?

Es la hora del antibiótico.

Una zapatería que le gusta está en la esquina. Podrá sentarse un rato, pedirá agua de algún caño (de cualquier caño). Tomará tres vasos, la mina que la tienda se asombrará, ella le contará que no puede fría por la garganta y entenderá, mirará zapatos que no duelan, descansará y caminará derrotada pero hidratada las tres calles que faltan para el colectivo.

No es diferente en la zapatería.

—Buenas tardes, mi nombre es Verónica. ¿En qué puedo ayudarla?

—Zapatos. Clásicos. Negros.

—Los clásicos esta temporada han venido con novedades —dice Verónica en tono misterioso—. Traen una pequeña plataforma y han afinado un poco los tacos. Aire europeo. Italia. Puede consultar los folletos o en la pantalla táctil [www.shoes&bags.com](http://www.shoes&bags.com) mientras busco su talla.

—O sea que los clásicos este año no son clásicos porque un italiano decidió ponerle plataforma y afinarle el taco.

—Así es. Puede escoger otras opciones —ofrece Verónica.

—¿Me podrías convidar agua? Natural, por favor —dice ella.

—Natural no va a poder ser porque es de *dispenser* y está fría. Helada.

Hay que renunciar a la búsqueda y a su experiencia. Todo lo dice una pantalla o un tipo llamado Christian.

Sale sin saludar, camina tres calles a paso sostenido. Los zapatos lastiman.

Entra al negocio. Mira a Christian. Sin decir palabra se quita los zapatos. Como un *cowboy* del *Far West* arremete contra las vitrinas. Los vidrios saltan y suenan entre los caramelos de miel y las barritas que te mienten que son de dieta. Los estantes se derrumban de galletitas y ella se maravilla de todo lo que puede un taco alto.

En la comisaría consigue agua natural, un buen trato por los daños y otra copia del currículum que olvidó en la zapatería.

Preguntó la hora en el ascensor. Se hacía tarde.

El departamento estaba desordenado, se sacó los zapatos a la entrada y fue desprendiéndose de la ropa mientras caminaba hacia el cuarto. Habían dicho ocho y media. No había ido.

Eligió la ropa. Sonó el timbre. Martina. Nada más difícil que querer ser salvada en asuntos del corazón por una hija enamorada recientemente.

—Traje helado de chocolate —dijo Martina, siguiendo el camino de la ropa tirada y levantándola.

—Gracias. Muy cinematográfico —contestó ella.

—Ay, mamá, a cualquier mujer le gusta el helado de chocolate.

—Ponelo en el *freezer* —dijo ella—. Se me hace tarde.

—Pero, mamá, la cita era el lunes. Es jueves.

—Si yo no supiera jugar este juego, pediría ayuda, Martina, o abandonaría.

—No fue el lunes. ¿Por qué iría cualquier día? Además, nadie está jugando —explicaba Martina.

—Yo, sí —dijo ella—. Es el último día que lo espero.

Martina la miró con una compasión violenta mientras entraba a la ducha. Su madre, tan segura, tan independiente; su madre, que no había armado una pareja desde la muerte de su padre, enamorada como una loca de un músico de barba que tocaba el piano en los crueros. Una especie de marinero artista que conoció en el hospital suturándole un corte en la mano. Ella la miró mientras se secaba el cabello con la cabeza hacia abajo para dejarlo casual. Lo conocía hacía un año. No sabía mucho de él, tampoco sabía mucho de ella cuando estaba

con él. Tenía esa forma de llegar tarde siempre. Habían dicho a las ocho y media y, en verdad, tendría que haber sido el lunes.

—Llamame cuando vuelvas, mamá —dijo Martina—. No esperés mucho.

¿Por qué no? ¿Por qué no? Las esperas tienen el encanto de las ilusiones; la esperanza es otra cosa, no sirve para el juego. Había que esperar como si no se esperara.

Se puso los zapatos bajos. Estaba lloviendo. Tal vez no estaba enamorada, creyó que era necesario para el alma volver a buscarse. Ella también tenía que esperarse, tal vez ese jueves, tal vez a las ocho y media con zapatos bajos.

Habían dicho a las ocho y media y no había llegado el lunes. Eran otras ocho y media. De jueves. Juego demorado.

Llegó a las ocho y media. De jueves, no de lunes. Caminaron por la calle del museo, esquivando charcos. No es cierto, no los esquivaban. Apenas se quitó la ropa necesaria.

Claro que sabía jugar. Tenía zapatos de taco bajo en la lluvia de jueves para una cita de lunes a las ocho y media y un marinero con permiso de amor hasta media noche.

A las ocho y media habían dicho, era jueves. En el juego estaba ella, un marinero de barba, el largo muro del museo y lluvia con zapatos de taco bajo, un barco, un mensaje en una botella, perdido, mentido, era lo mismo. En el juego no se barajaba la prisa. Las cartas caían sin verdades, tréboles o corazones en la cama del hotel por horas. Era un gran juego.

A la mañana llamó a su hija:

—No es de chocolate —dijo.

—¿Mamá? —contestó Martina dormida.

—El helado. Dijiste que a cualquier mujer le gusta el helado de chocolate. No es de chocolate.

—Y vos no sos cualquier mujer —respondió Martina y cortó.

Eso mismo le había dicho el marinero.

Cuando Loló sacó los zapatos para mostrar la compra hubo silencio. Su madre los miró incrédula.

—Parecen los zapatos de Tribilín —dijo su padre.

La opinión de su padre no contaba. A él, su madre le compraba hasta las medias y, a decir verdad, tampoco contaba la de su madre, que podía gastar un sueldo entero en un solo zapato y financiar el otro con el próximo pago.

Los zapatos nada tenían que ver con Tribilín. La imagen de su padre obedecería a lo grande que se veían, a lo caricaturesco, a la imposibilidad de encontrarles un lugar entre las cosas referentes.

Los Tribilín de lejos parecían tejidos con lanas rústicas, de cerca parecían de mimbre, en el pie se sentían raros porque eran dos números más grandes, uno más que el otro, y por entre las tiras mixtas se veía que el pie no llegaba al final del zapato.

—Son mapuches —le había dicho la chica que se los vendió. Ni siquiera los compró en una zapatería. Era una casa de arte, de objetos raros. Ahorró durante mucho tiempo, porque los zapatos la esperaron cuatro años en la vidriera.

Empezaron a andar la vida con ella; fueron a la facultad y se mancharon de pintura las primeras clases de plástica.

—¡Cuidado, Loló, se manchan los Tribilín! —advertía algún compañero.

Como todas las cosas, los Tribilín cumplieron un ciclo. Y Loló se despidió de ellos un día.

Los puso en su bolsita original de tela pintada y los colocó, no sin dolor, en el basurero de la puerta de la casa. Llovió esa noche. A la mañana los Tribilín sin bolsa estaban en el canasto bajo la lluvia. Se habían llevado la bolsita pintada y los habían dejado. Los vio desde la ventana de su cuarto y corrió en pijamas a rescatarlos.

Restauró el cuero, reemplazó tachas, cambió las hebillas y empezaron otra vez. Recorrieron juntos mucho mundo. Cruzaron el océano y aprendieron otros idiomas.

En algún lugar de países europeos del norte, una mujer le dijo señalándolos:

—¡*Beautiful shoes!*

—Tribilines —contestó Loló.

Los Tribilín y ella se sintieron como la higuera de Juana de Ibarború.

Mucho tiempo después, en uno de esos eventos en los que se encuentran los artistas plásticos, escuchó a alguien a quien no conocía decir:

—No sabes los Tribilines que me compré.

Loló sonrió una sonrisa más grande que la sonrisa de la higuera inundada de gozo de Ibarború.

Algún día pintará esos zapatos con capacidad de Ave Fénix.

¿Qué hace que un objeto o su referencia perduren? Tenía que honrar esa memoria. Tenía que recordar sus propios pasos, sus propias formas de resurgir de las cenizas, sus elecciones a contrapelo. *Beautiful shoes...*

Se sienta en la cama. Los pies se calzan el destino de alejarse. Por fin, el rescate de la noche.

Saca el papel de una receta vieja donde está la lista. Le gustan las listas. Lo que hay que empacar para deshacer la idea de volver:

- ropa interior
- jaboncitos chiquitos de la chica del catálogo
- pañuelos y pashminas
- la peluca corta de Virginia
- gorra...

Mira la calle por la ventana.

El ritmo loco de las cosas no deja huella; sin huellas es difícil la memoria.

- desodorante
- crema humectante
- perfume
- estuche nuevo de maquillaje

¿Cómo no partir? Tanta lejanía solo se resiste de lejos. Hay que volver reales las distancias. Si no, es imposible encontrar el camino.

- remeras de dormir (3)
- medias
- regalos que no se rompen

No hay palabras enteras en este sitio. Serán los restos del naufragio. «Tampoco es para tanto», dice Magalí. Solamente irse, salir con las averías de cualquier naufragio. Así se sale de los naufragios: mojada, viva, averiada y buscando de donde sostenerse, dice Magalí.

- *jeans*
- traje negro
- pantalón *beige*

¡Ja! Traje negro. Las valijas y su capacidad para soportar lo que no es. El traje negro que no salió a escena y los zapatos para la ocasión en seis cuotas. Casi todas las personas se mueren descalzas y horizontales. El peso del olvido es siempre vertical.

- camisas (4)
- remeras (4)
- *cardigan* natural

El otoño es la estación que todo lo apiada: los colores y los vientos, las luces, la llovizna.

La ciudad entiende todo en otoño. El comienzo de un ciclo donde se vuelan las hojas. Un gesto cómplice del tiempo. Cuán necesaria es la complicidad de las cosas, los objetos. La valija de volver.

- *blazers* (2)
- chaleco largo
- falda chocolate

Cuánta cosa inútil, raro para un viajero poner boludeces. No daba para mochila. Qué estúpida idea la de la espera, qué dolorosamente estúpida.

«Absuelta», decía el papel.

- botas marrones
- pantuflas (Magalí)
- zapatos azules
- zapatos negros

Celebrar el silencio. Oírle la voz. Los pasos cuando una camina descalza suenan diferentes a los tacos de los zapatos negros en seis cuotas. Tal vez sea importante escuchar que se camina.

Los zapatos son menos mentirosos, no mienten ausencia como los pasos descalzos.

- libros
- cuaderno de espirales
- regalo de Magalí: botella de vino chiquito, vacía de festejo, de bautismo, de «¡Vamos, carajo!»

Magalí. La mejor compañera de cuarto de la vida entera. También con el papelito de *absuelta* y botella de vino chiquito a escondidas de «¡Vamos, carajo!».

Cuesta cerrar la valija. Este trámite de seis meses y medio te deja sin fuerzas, con varios kilos menos y ojeras moradas por un tiempo largo. Absuelta.

- Bolso de mano:
- bolsa de remedios
  - cepillo
  - cepillo de dientes
  - dentífrico
  - alcohol en gel
  - libro Esteban
  - regalos que se rompen

En el armario:

- caja de maquillaje para las chicas
- revistas para las enfermeras del turno noche
- camisones, que ellas vean (se van a pelear por el de Betty Boo)
- *shampoo*, espuma de baño

En el cajón de la mesa de luz, el miedo del regreso.

Mejor desarmar la valija. Sacar el traje negro. Los zapatos negros en seis cuotas. Pensó que no iba a pagarlos. Sin camisa. Que quede escotado. Saltar fuera de los signos.

Irse. Ausentarse sin gestos con el elegante traje negro. Taconear con exageración porque los zapatos negros no mienten. Salir del hospital. Oír cómo el otoño repite *absuelta*.

Era verano. Llevaba una taza de té al lugar donde crece la lavanda. Me sacaba los zapatos azules, bajos, de gamuza. Me sentaba en la reposera, como suelo sentarme cuando leo, sobre una pierna sola. Pero esta vez escribía descalza sobre andar por la vida con zapatos.

Pasos de mujeres recorriendo relatos, caminando un sistema propuesto, de condiciones propuestas, por caminos que generalmente no están del todo trazados.

Escribir sobre mujeres y zapatos me encontró abriendo guardadas formas posibles para unas cuantas emociones. Una relación que recuerda la extraña armonía que existe con ciertos objetos.

La imagen querida de mis zapatos de noches de Epifanía, esperando por un relato.

Los zapatos cambiando talles, modelos y también palabras. Esperando la recepción de una historia. El gesto que hay en la espera es lo que hace posible la ilusión de encontrar el sentido. No hay mucho de racional en la relación con los zapatos, es una actividad profunda, desiderativa y misteriosa.

Una vez mi madre me llamó por teléfono antes de salir al aeropuerto:

—Yo voy de zapatos celestes.

Así anticipaba el viaje, describía el itinerario y dibujaba la agenda. No había dicho «Llevo una campera impermeable, pongo el traje de baño, vuelvo en dos semanas; el hotel parece lindo...».

«Yo voy de zapatos celestes».

El lugar de puro encantamiento en la apariencia verbal. La particular prueba de referencia de lo que un viaje está suponiendo.

Zapatos. Todo se les hace sendero, avenida, puente, vereda, breve pausa, intermitencia y carrera.



*Zapatos*, de Ana García Guerrero, inaugura nuestra colección EDUNT de mujeres soberanas con marca de autora. Espacio de catálogo para explorar los alfabetos que cuentan un mundo sin binarismos. Una inmensa tela con araña, tejido, hilo y agujas. Manta para el frío con ecos lejanos, silbido de cielos y un fuego que se ríe a carcajadas. Un río de hojas en blanco y un barquito de papel para cruzarlo. Corona de margaritas que me quiere poquito y nada, que está triste la mar y qué tendrá la princesa. Siluetas recortadas y huellas de zapatos con dueña y pisada de un largo camino a casa. Un lejano país con nombres y apellidos. Que aquí vamos, imperialistas de palabras con una cocina, la sartén y el mango. Ya lo aprendimos: cada cual atiende su juego. Pero que sea sin prenda esta vez. Que sea de palabras y un imperio.

Rossana Nofal



Universidad  
Nacional de Tucumán

ISBN 978-987-1881-88-8



9 789871 881888